

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — Tomo XXXVIII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE y MÉLAN.

AÑO 30. — Nº 973.

Administracion general y Redaccion: Passage Saulnier, número 4, en Paris.

LA MODA

DEL

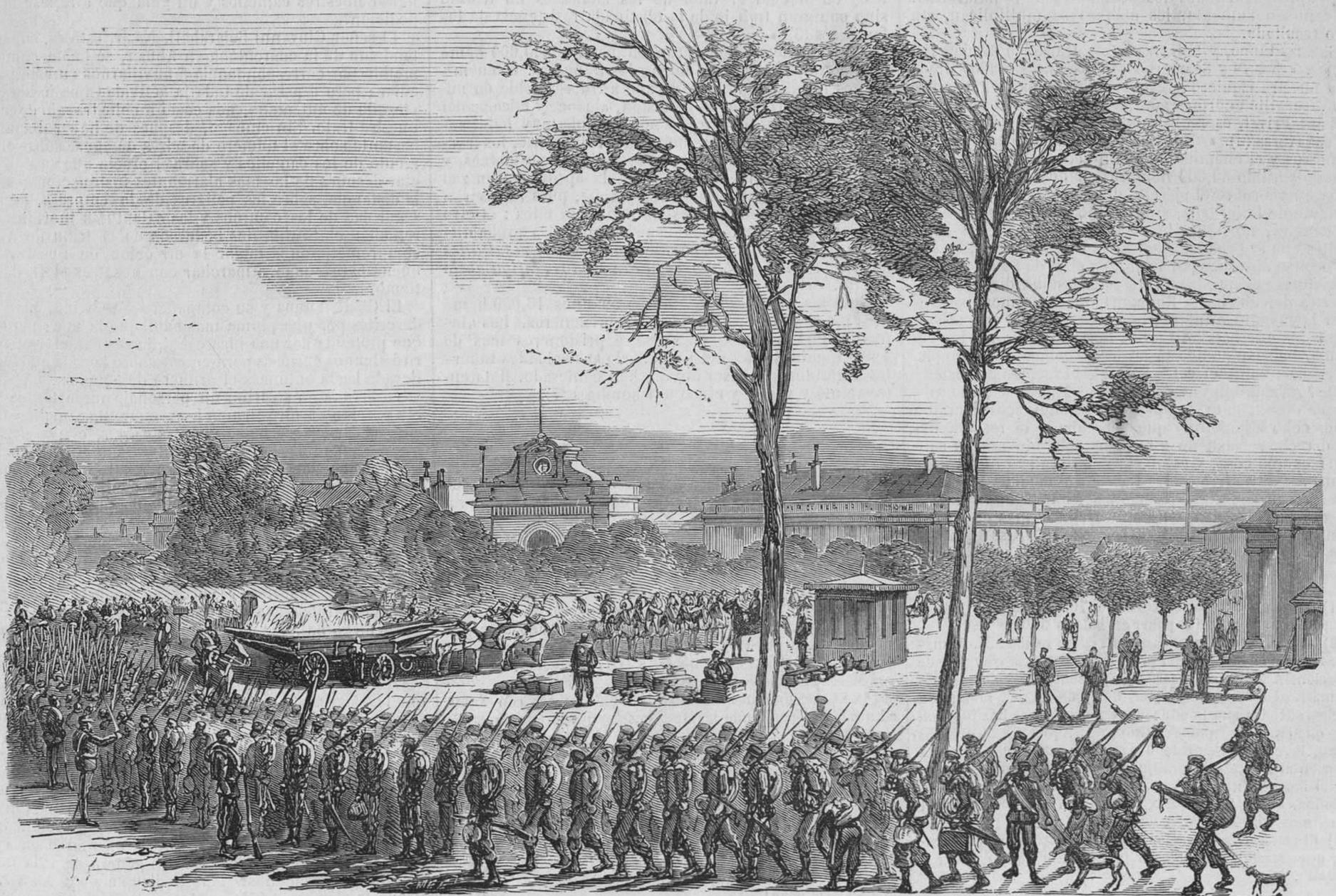
CORREO DE ULTRAMAR.

Con el número 13, enviado ya á América, LA MODA ha entrado en el segundo semestre de 1871. La rapidez con que hemos obtenido este resultado es una prueba mas de la fi-

delidad con que el Correo de Ultramar cumple sus compromisos. La tarea ha sido difícil, pues debió llevarse á cabo en gran parte en medio de los sucesos menos propios para favorecer su ejecucion, y hasta hubo un momento en que debió interrumpirse cuando el decreto de la Commune, á mediados de mayo último, suprimió las publicaciones del Correo de Ultramar. Por fortuna, los crueles

incidentes del sitio de Paris y los horrores que le siguieron pertenecen ya á la historia. Esperemos que en los tiempos de calma que renacen, podremos sin tropiezo de ningun género, continuar LA MODA, que tanto interesa á nuestras lectoras, y para la cual no perdonamos afanes ni desvelos.

Los Editores-propietarios:
X. DE LASSALLE y MÉLAN.



Evacuacion de Amiens por las tropas alemanas.

SUMARIO.

La « *Moda del Correo de Ultramar.* » — Evacuación de Amiens por las tropas alemanas; grabado. — Gravelotte. — Viajes. — Misterios parisenses; grabado. — Recuerdos de un guardia móvil; grabado. — Revista de París. — Escenas de la vida inglesa. — El país del petróleo; grabado. — El palacio de San German y el museo Galo-romano; grabado. — La Commune ante la Justicia. — Sociedad francesa de socorros a los heridos de tierra y de mar; grabados. — Bernabé Budge, novela escrita en inglés por Carlos Dickens. — ¿Qué hará de ello? — La ambulancia de la « Grande Gerbe » en el parque de Saint-Cloud. — La Misa; grabado.

Gravelotte.

(Conclusion. — Véase el número 971.)

Sin embargo, nuestra artillería menos numerosa (4) lanzaba proyectiles impotentes demasiadas veces, que estallaban en el aire á mil ó mil y quinientos metros, ó que caían delante de las baterías enemigas, las cuales conservaban toda su eficacia y precisión á una distancia de tres mil y cuatro mil metros. Las ametralladoras que tan terriblemente funcionaron en Borny, no estuvieron aquí á la altura de su fama, pues enviaban al acaso torrentes de balas inofensivas casi siempre, salvo en las cercanías de Verneville.

A todo esto, Bazaine que sin duda había reflexionado en los inconvenientes de exponer la persona del general en jefe á quien aconsejaba la prudencia el incidente del 16, estaba muy tranquilo en Plappeville, en el centro de la guardia en reserva vigilando, según decía, Woippy y Santa Rufina, temiendo quedar aislado de Metz y abandonando á los jefes de cuerpo á sus inspiraciones y á sus recursos (2). El ejército francés se batía solo: era la lucha del soldado reducido á su valor, contra la ciencia táctica y la perfecta organización de todos los medios con que ha enriquecido el cálculo al arte militar (3).

Después del espantoso cañoneo dirigido contra nuestra izquierda y nuestro centro, y admirablemente sufrido por los 2º y 3º cuerpos franceses, comenzó el combate de infantería. Fieles á su principio de proceder por masas, los confederados lanzan contra nosotros compactas columnas precedidas de nubes de tiradores. Las masas se estrechan en nuestras líneas, el denuedo vence al número. Sin duda el terreno nos favorecía; pero puede decirse que rara vez nuestros soldados demostraron mas vigor, sangre fría é ingeniosa sagacidad, para aprovechar todos los accidentes de la naturaleza. El cañoneo aumenta, los ataques se multiplican, sin otro resultado.

Son las cinco, y todas nuestras líneas continúan intactas. « Los 7º y 8º cuerpos de los confederados (frente á nuestra izquierda) están aniquilados; el 9º sufre en Verneville enormes pérdidas; y la guardia que ataca á Saint-Privat, es rechazada dejando el suelo cubierto de cadáveres (4). » Dos horas mas de constancia y de esfuerzos y el enemigo impotente contra nosotros y habiendo perdido 40,000 hombres en dos días, se replegaba quizás sobre el ejército del príncipe real. En aquel instante de la jornada, si los franceses hubiesen tenido un general, no de genio, atento nada mas á los incidentes que se producían en el campo de batalla, en vez de dejarse absorber por la observación de Santa Rufina, la victoria era nuestra. Para esto bastaba dirigir sobre nuestra derecha hacia Roncourt algunos refuerzos y utilizar la magnífica infantería de la guardia que asistió impasible á la batalla. En dos horas, quizás en hora y media, habrían podido llegar los refuerzos de Plappeville hacia Saint-Privat. ¿Se pidió el socorro demasiado tarde? ¿Vaciló en enviarle Bazaine? ¿No se pudo salvar con suficiente rapidez la distancia considerable (unos ocho kilómetros) que separaba á la reserva del ala derecha? Nada de esto se ha aclarado aun, y solo sabemos una cosa, y es que la guardia llegó tarde. Perdimos á Saint-Privat entre las siete y media y las ocho.

A las seis nuestras posiciones se mantienen; pero dos cuerpos enemigos de tropas frescas, mas de 60,000 hombres, entran en línea á las extremidades opuestas

del campo de batalla. El 2º cuerpo llamado el 45 de Saint-Avold, y habiendo recorrido en tres días cerca de 80 kilómetros, se desplegaba delante de Gravelotte, y atacaba á Saint-Hubert y Point-du-Jour, posiciones avanzadas de nuestra izquierda; á la par que el 42º cuerpo sajón rompía de Roncourt contra Saint-Privat un intenso fuego de artillería y la fuerte batería situada en Saint-Ail, barria las alturas entre Amanvillers y Saint-Privat.

La lucha tomó entonces por ambas partes un carácter de violencia inaudita. « En tanto que el 42º cuerpo alemán flanquea al 6º cuerpo francés por la derecha, la guardia real y el 40º cuerpo se arrojan por la abertura que hace la fulminante batería de Saint-Ail entre el 4º y el 6º cuerpo francés (1). » Hubo entonces prodigios de valor: oficiales, generales y soldados rivalizan en audacia; los hombres, las compañías, los batallones (2) caen sin retroceder, los jefes dan á las tropas el ejemplo de la bizarría y del desprecio á la muerte. El mariscal Canrobert con espada en mano en las primeras filas, animando con la voz y el ademán á los combatientes lucha también por espacio de cerca de dos horas con un cuerpo incompleto de unos 20,000 hombres, contra fuerzas muy superiores.

A eso de las siete un inmenso clamor fúnebre se eleva por detrás de Saint-Privat, y luego se distingue en las cuevas orientales de la planicie y á la orilla de los bosques que la cubren, un vasto hormigueo de hombres. Era el 6º cuerpo que abandonaba sus posiciones en desorden. Y sin embargo, la artillería de la guardia acudía á reforzar al mariscal Canrobert. Nuestras baterías bien dirigidas contienen la marcha del enemigo y causan grandes pérdidas á sus reservas reunidas para otro ataque (3). Pero Saint-Privat está perdido para nosotros, y la guardia llega demasiado tarde para recobrar aquella posición en medio del desorden y del pánico del 6º cuerpo.

Sobre la izquierda, al cabo de tres horas de encarnizado combate, y á pesar de las tropas frescas que pone en batalla el enemigo, hasta eso de las ocho no consigue apoderarse de Saint-Hubert (4), de Point-du-Jour y de Moscou, ganando así un poco de terreno en nuestro frente; pero aquí se detienen sus triunfos, pues no logra romper nuestras líneas. Y no obstante, allí debía concentrar su principal esfuerzo, allí se disponía á dar el golpe decisivo, pues los ataques se renovan con furor y persistencia sobre el frente del 2º cuerpo, hasta las diez de la noche, á los lugubres resplandores que proyectaban en el campo de batalla los incendios de Santa María, de Saint-Privat, de Leipsig y de Moscou.

Podemos citar con orgullo los términos poco imparciales con que concluye la relación de la batalla el estado mayor alemán:

« Ni un trofeo, ni un cañón desmontado quedaron en nuestras manos: glorioso testimonio en favor del vencido. Mas de 40,000 muertos ó heridos prueban el encarnizamiento de aquel combate que duró nueve horas y en el cual el valor de los alemanes no triunfó sino con gran trabajo de la obstinada resistencia de los franceses (5). »

Los confederados pusieron en batalla 200,000 hombres contra 400,000 que tenían los franceses. El enemigo nos llevaba la ventaja de una artillería doble en número, y superior por la precisión, alcance y eficacia del tiro; y además, tenía un general en jefe muy hábil secundado por un capitán enérgico é inteligente, los franceses no tenían mas ventaja que la de las posiciones, y no obstante la falta de dirección, la aprovecharon: el triunfo de los confederados fué parcial, pues fracasaron en su principal ataque. Así lo confiesan ellos: al otro día del 18 y « en las semanas siguientes las probabilidades quedaron sensiblemente iguales; los resultados de las luchas anteriores eran nulos, digámoslo así (6). »

Nuestras pérdidas consistieron en unos 46,000 hombres muertos y heridos, y 8,000 prisioneros. Los alemanes no perdieron en punto á prisioneros mas de 4,000 hombres; pero el número de sus soldados muertos ó heridos que hasta hoy no han confesado, flota entre veinte y veinte y cinco mil hombres (7).

(1) Los vencidos de Metz.

(2) Se ha encontrado en Saint-Privat un batallón del 28º de línea casi todo destruido detrás de un foso que le servía de trinchera.

(3) « Al pié de la planicie disputada, Sainte-Marie-aux-Chenes, había una gran cantidad de cadáveres prusianos: la tierra desaparecía bajo los cascos, las armas, las mochilas abandonadas; los fosos del camino que sube hacia Saint-Privat estaban llenos; se conocía que miles de soldados se habían abrigado en la depresión del foso. ¡Vano amparo! Cayeron en su puesto y duermen para siempre muchos de ellos en su posición de combate. » (De Fraschwiller á Paris, por M. E. Delmas, p. 169.)

(4) El 60º de línea defendió á Saint-Hubert con valor admirable, y perdiendo las tres cuartas partes de su efectivo.

(5) La guerra en derredor de Metz.

(6) La guerra en derredor de Metz.

(7) Las pérdidas de los franceses se elevaron en las jornadas de los días 14, 16 y 18 de agosto á 32,817 hombres, de ellos 1,642 oficiales. Añadiendo las pérdidas aproximativas de las luchas anteriores, se llega á un total de mas de 50,000 hombres. Hasta el 18 inclusive, las pérdidas de los alemanes pasan de 70,000 hombres. ¡En 14 días mas de 120,000 víctimas!

Nos arrojaron pues, del camino de Verdun. En presencia de un enemigo tan bien organizado, tan superior en número y en armamento, no teníamos que hacer mas que retirarnos á Metz, que venia á ser el centro de las nuevas operaciones.

El ejército del Rhin, á pesar de sus pérdidas, no estaba descorazonado, tenía el sentimiento de su fuerza, de su valor y del respeto que imponía al enemigo. No sin legítimo orgullo bajó lentamente en la mañana del 19 al valle de Mosela, abandonando con dolor unas posiciones tan heroicamente defendidas á costa de tanta sangre generosa.

F. D.

Viajes.

EL DESIERTO DE LIBIA.

Mis compañeros de viaje eran tres: los señores Lampert, Forty y Longshaw, vecindados todos en Egipto y familiarizados con la lengua árabe. Hicimos nuestros preparativos, procurando llevar el menor bagaje posible para que no nos estorbara: una tienda de campaña, una estera, los utensilios necesarios para hacer café y té con una provision de carbon, una maleta para cada uno de nosotros, algunas cajas de hojadelata con manjares preparados, un saco de galleta, queso, aguardiente y una porcion considerable de cigarros y tabaco picado. La dificultad principal consistía en llevar una provision de agua y de alimento suficiente para nuestros asnos, porque, como verdaderos egipcios, habíamos resuelto adoptar esta clase de cabalgadura para cruzar el desierto. El paso del camello es muy incómodo para los que no están habituados á él, y ninguno de nosotros lo estaba. No por eso debían dejar de acompañarnos algunos de esos útiles animales, pero solo como bestias de carga. En cuanto á nuestra comitiva, estaba limitada á dos jóvenes árabes encargados de cuidar de nuestros asnos. No teníamos deseos de viajar como sátrapas, y sabíamos de cuánta importancia era una boca menos cuando se trata de cruzar un país sin agua; así es que resolvimos servirnos á nosotros mismos en lo posible, satisfechos al pensar que podríamos juzgar directamente á los hombres que encontrásemos, sin la intervencion estúpida de un intérprete pagado.

Salimos de Alejandría el 15 de setiembre de 48... un poco después del amanecer. Omitiré describir este primer día de viaje, que terminó con nuestra llegada á Abusir, llamado por otro nombre la Torre de los Arabes, punto que ya conocíamos, y en donde debíamos hallar nuestros camellos y un guía que dirigiese la expedición.

El señor Giovanni Sciarabati, Nazir, esto es, superintendente de la cuarentena en Abusir, se había comprometido por correspondencia á auxiliarnos en este particular; pero á pesar de toda la actividad que había desplegado de antemano, nos costó mucho trabajo concluir nuestro trato. Sin embargo, después de haber disputado bastante sobre el número de odres de agua, sobre el alimento de los camellos y sobre el precio que se nos exigía, después de las mas alarmantes insinuaciones sobre la distancia, sobre los peligros de la empresa, la poca seguridad de los caminos y las calenturas mortales que reinaban en Siwah, dos beduinos de la tribu de Alí se comprometieron á tomar la dirección de nuestra pequeña caravana, y á marchar con nosotros el 18 de setiembre.

El Cheik Yunus y su compañero Saleh merecían ser descritos por una pluma mas hábil que la mia; pero sin que pretenda dar una idea cabal de sus caracteres, referiré algunos curiosos pormenores sobre la vida que habiéndolo llevado hasta entonces el primero de aquellos.

Yunus era en su tribu un personaje importante; había poseído en otro tiempo hasta cuarenta camellos, trescientos carneros y no sé cuántas cabras, con provisiones considerables de sésamo y otras simientes; en fin, los adornos del uso de las mujeres representaban un capital de sesenta mil piastras. Sin embargo, la historia del rico Yunus se hallaba oscurecida por una mancha bastante negra. Habiendo unos soldados arnautas colocado sus tiendas junto al campo de aquel, se suscitó una disputa que terminó con un combate ó mas bien con asesinatos. Junto á la tienda del Cheik fueron hallados tres hombres muertos. ¿Qué parte había tenido aquel en la catástrofe? Eso es lo que nadie pudo averiguar. El Cheik alegó hallarse en Alejandría en aquella época, y trató de hacer recaer las sospechas sobre otro; mas parece que el bajá fué de opinion contraria.

Confiscáronsele á Yunus casi todos sus bienes, y él, que logró escaparse, corrió á buscar asilo en unas cavernas donde era imposible perseguirle. Por espacio de diez y ocho meses, según después refirió, pudo burlar la vigilancia de los satélites de Mehemet, hasta que al fin la justicia egipcia quedó satisfecha ahorcando á otro hombre por el crimen en cuestion. Entonces volvió á presentarse Yunus y se ocupó en reunir los restos diseminados de su fortuna; pero aunque ya no tuviera que temer persecuciones, no se atrevió á mostrarse en Alejandría, y llevó desde entonces un género de vida misterioso, estableciéndose á poca distancia de Abusir, y dispuesto siempre, á la menor alarma, á escapar ó á

(1) Los alemanes tenían cerca de 700 bocas de fuego, y nosotros apenas pudimos poner en batería 350.

(2) « Todo el combate, dice un testigo ocular, M. Vianson, alcalde de Plappeville, probaba la ausencia completa de dirección. A la una de la tarde me presenté en el alojamiento del mariscal Bazaine en Plappeville, y delante de mí dijeron muchos oficiales que la situación era gravísima. Bazaine contestó que eran exagerados sus informes. Aquel mismo día á las cuatro, Bazaine con su estado mayor salió de Plappeville con dirección al fuerte de Saint-Quintin, donde dió orden de dirigir el fuego contra dos baterías establecidas detrás de Santa Rufina. » (El Bloqueo de Metz en 1870, publicacion del ayuntamiento de Metz, p. 250.)

(3) El general Changarnier dijo en su discurso en la Asamblea, que Bazaine había tenido la desgracia de no asistir á la batalla.

(4) La guerra en derredor de Metz.

ocultarse en alguna de las catacumbas de que se halla cercado aquel país.

Tal era el hombre á quien confiábamos la dirección de nuestra empresa y el cuidado de nuestra seguridad, pues Saleh, nuestro segundo guía, aunque pariente del Cheik, tenía pretensiones muy inferiores y se mostraba en todo el humilde servidor de su ilustre primo.

Hasta la mañana del 18 de setiembre no pudo estar todo lo necesario para la partida de nuestra pequeña caravana. En vano habíamos hecho los mayores esfuerzos para matar el tiempo hasta entonces, ya visitando por segunda vez las ruinas de Abusir, á las que hasta aquí han concedido los viajeros demasiada atención, ya tirando á las codornices; estas ocupaciones no habían podido acortar las horas. Teníamos extremada impaciencia por dejar detrás de nosotros las huellas de la civilización y sumergirnos en aquellas vastas soledades, cuyo silencio no sería interrumpido mas que por el encuentro de las hordas de beduinos nómadas.

Al fin llegó el momento tan deseado; dejamos nuestros lechos antes del alba, y despues de lavarnos, lujo que no siempre uno puede permitirse en el desierto, nos pusimos en marcha. Al principiarse un viaje tan deseado con ansia, todo el mundo está de buen humor; así es que nuestra pequeña caravana rebotaba de alegría, y el menor incidente venia á dar pábulo á las risas y á las chanzonetas.

A nuestros dos lados trotaban, montados tambien en asnos, Derwich y Saad, nuestros criados egipcios, y detrás de nosotros, á alguna distancia, venian á paso lento los camellos conducidos por dos muchachos hijos del Cheik. Este, con una gran carabina al hombro y dos pistolas en el arzon, montaba un soberbio caballo árabe; su traje, de lana blanca, su siniestra fisonomía, á la que la falta de un ojo y una barba gris comunicaban un aspecto mas extraño todavía, y su turbante de gala, del que pendia una banda de colores brillantes que ondeaba á sus espaldas, todo aquello formaba un conjunto de los mas pintorescos.

Despues de seguir nuestro guía por espacio de una hora el curso del valle, cuyo suelo en aquel sitio estaba cubierto de matorrales, nos lo hizo abandonar de repente para acercarnos al mar. Al ponernos bajo la protección de un beduino, claro es que debimos hacer abnegación de una parte de nuestro libre albedrío, y estar en la persuación de que no se consultaría mucho nuestro parecer; sin embargo, no sin sorpresa nos vimos conducidos hácia una espaciosa tienda de campaña, en la que habia tapices y divanes preparados para recibirnos.

En cualquiera otro país del mundo en que esto sucediese, un guía pagado hubiera creído deber suyo avisarnos al menos que no podíamos pasar mas allá aquel día porque nos faltaban algunas provisiones, y el viejo Saleh no se habia reunido aun con nosotros; pero Yunus lo entendia de otro modo. Se habia comprometido á conducirnos sanos y salvos hasta un sitio dado y nada mas: en cuanto á los pormenores, nada teníamos que ver con ellos, y el Cheik habria creído faltar á su dignidad poniéndonos al corriente de la menor de sus intenciones.

A despecho de su impaciencia, el día que pasamos en la tienda del Cheik no nos pareció sobrado largo, y lo empleamos en observar las ocupaciones y los hábitos de una familia del desierto. El harem de Yunus se componia de tres mujeres bastante feas, vestidas como la gente baja del país, con groseras camisas azules sujetas al cuerpo con un cinturón: ninguna de ellas llevaba velo, y á su lado jugaban unos muchachos casi desnudos y graciosos los mas de ellos.

La tienda espaciosa, y de forma oblonga, tenia una abertura á cada extremo, de suerte que la brisa del mar mantenía en ella un fresco delicioso, y estaba dividida en dos compartimentos por una muralla de cajones, sacos de lana y cobertores, tabique que ayudado de nuestra prudencia, era mas que suficiente para impedirnos ver á aquellas mujeres de muy cerca. Por lo demás, satisfecha su primera curiosidad, no volvieron á ocuparse de nosotros, y continuaron sus faenas ordinarias, que consisten en moler habas por medio de un molino de mano, en cuidar los camellos y en reñir á los niños.

Como era de rigor que tomásemos algun alimento en la tienda de nuestro guía, aceptamos de su mano una tartera de dátiles machacados, mezclados con manteca clarificada, de modo que formasen una pasta; este manjar oriental es uno de los mas repugnantes que he visto en mi vida, pero nos decidimos á probarlo, con la esperanza de apresurar con esta complacencia el momento de la marcha. Nos equivocamos: Yunus recibió nuestros cumplimientos, fumó el tabaco que le ofrecimos, pero no se movió. Impacientados al fin por su impasibilidad, dejamos la tienda y fuimos á establecernos á cinco minutos de allí en un pequeño barranco, en donde permanecimos hasta despues de puesto el sol. Cuando vió que sus instancias eran inútiles y que no queríamos volver á su morada, se puso á preparar los camellos, ayudado por dos de sus mujeres, una de las cuales desempeñaba esta penosa faena con un niño sujeto á la espalda.

La segunda, muy jóven y probablemente casada hacia poco, interrumpió su operacion, se acercó á nosotros y nos suplicó con el acento tierno y melancólico que saben tomar cuando quieren las mujeres árabes, « que no llevásemos nuestro viaje hasta aquellas regiones peligrosas, de donde nadie vuelve, y le trajésemos pronto á su querido Yunus, sin el cual no podia haber alegría ninguna para ella en este mundo. » Esta súplica, pronunciada en voz dulce en medio del desorden de

una marcha, y combinada con la certeza de nuestra expedicion, no estaba exenta de peligros, y de que íbamos á exponer en ella el único apoyo de una familia abandonada, esa súplica, digo, fué bastante poderosa para conjurar por algunos momentos la impresion desagradable, producida por la arrogancia del anciano Cheik, por su doblez y su mirada á la vez vulgar y siniestra. Unida esta súplica á la influencia romántica de una clara luna en el desierto, nos llevó por un momento á las ideas poéticas que la primera vista del beduino y la historia de su vida habian hecho nacer en nosotros, pero nuestra ilusion no debia durar mucho.

Setiembre, 19.

Nuestro guía ha vuelto hoy á buscar subterfugios á propósito del compromiso contraido con nosotros, fingiendo encolerizarse mucho contra su primo Saleh, el cual no ha parecido todavía. Despues de muchas discusiones, se ha decidido al fin Yunus á irle á buscar. Al cabo de algunas horas ha vuelto acompañado de un hombre y de dos camellos, pero no se ha dignado participarnos que Saleh, retenido por algun asunto, no se reuniría con nosotros hasta mas tarde: esta circunstancia la supimos por otro.

Entre cuatro y cinco de la tarde se puso en marcha nuestra pequeña caravana, y antes de partir el Cheik envió á su casa su caballo, igualmente que á dos hijos suyos que le habian acompañado. Las palabras de despedida que dirigió á sus hijos y la bendición que dió al mayor, tenían algo de imponente; confieso que me sentí conmovido, y que aquella escena me confirmó por un momento en las ideas poéticas que de él me habia formado. Sin embargo, no tardé en advertir que el viejo solapado observaba de reojo el efecto que producía su comedia. En la creencia sin duda de haberme seducido, la interrumpió súbitamente para pedirme un par de zapatos viejos. Mi negativa le puso de muy mal humor, y sus exhortaciones paternales á su hijo mayor se cambiaron al punto en amenazas brutales y violentas. Desde aquel instante la especie de encanto que tenia para nosotros la persona del viejo beduino, desapareció enteramente y no pudimos ver en él mas que un ismaelita á quien era preciso tratar poco menos que como á enemigo.

(Se continuará.)

Misterios parisienses.

LA CASSEROLE.

Un terremoto acaba de conmover á Paris hasta en sus fundamentos, y desde esos días terribles cada cual mira á la tierra pensativo y triste, y se pregunta qué es lo que hay en el fondo de esos abismos de las grandes ciudades, que tienen sus lavas como los volcanes.

Somos así; nos apasionamos por los *Misterios de Paris*; leemos ávidamente los *Miserables* y creemos concluida nuestra tarea.

Tratemos de descender un instante hasta esos últimos escalones en donde el vicio, la ignorancia, la pereza y la embriaguez viven en permanencia. Introduciendo la luz en esos agujeros aprenderemos á conocerlos, y una vez conocido el mal no hay duda que se hallará el remedio.

Hé aquí nuestra primera etapa. Vamos á entrar en la *Casserole*, una taberna de traperos, situada en el camino de la *Revolte*.

¿Quién lo creeria? A dos pasos del Arco de Triunfo, al ruido de Paris elegante que va de paseo al bosque, existe una taberna, cuyo interior y cuyo personal se ven exactamente representados en nuestra lámina.

Los *biffins*, despues que han hecho su cosecha de trapos viejos, se reúnen á reír y á beber en ese sitio. Cuatro paredes sin bancos, ni mesas, ni sillas. A la izquierda un agujero por donde pasan la luz y el aguardiente.

La *Casserole* es la caja de hojalata en donde la vendedora les echa el *eau d'aff* y el *sacré chien*. ¡Un sueldo la *Casserole*! Dos el licor. ¿Con qué especies componen ese vitriolo?

Y no se crea que no hay en Paris mas que una taberna como la *Casserole*. Si el lector tiene la paciencia de seguirnos en nuestro itinerario, verá cuántas verrugas aparecen en la superficie de Paris. H. V.

Recuerdos de un guardia móvil.

INTRODUCCION.

Mucha era la diversidad de los guardias móviles del Sena.

Cada batallon tenia su tipo. No era el menos curioso aquel cuya historia voy á emprender, en compañía de Saib el dibujante.

Nuestro trabajo por partida doble, pluma y lápiz, no es, en suma, otra cosa que un cuaderno de apuntes tomados, no digamos por días, sino por horas.

Era hácia el mes de agosto de 1870, y nosotros vivíamos en paz en el barrio Latino.

¡Adorable país! La naturaleza, que nos habia dotado de dos particularidades muy extrañas, — siempre teníamos sed y siempre estábamos cansados — tuvo cuidado, en efecto, de poner el remedio al lado del mal.

En los flancos de la montaña de Santa Genoveva, que habitamos, habia por todas partes inagotables fuentes de cerveza, de ponche y de café que nos esperaban.

¿Qué mas necesitaba nuestra juventud? Pipas... y amoríos. Nada de esto faltaba.

¿Qué más aun? Parecía que querian darnos mayor cantidad de libertad política.

En suma, todo contribuía á llenar de encantos nuestra feliz existencia.

Los periódicos, que leíamos para matar el tiempo, no por otra cosa, solian turbar nuestra quietud con algunos síntomas alarmantes.

Venian llenos de frases belicosas. Pero nosotros no creíamos en la guerra.

La Prusia no es tan tonta. ¿Y nuestro pasado militar? ¿Y nuestras gloriosas tradiciones? ¿Acaso esto no da qué pensar aun á los héroes de Sadowa? ¿Y nuestro incomparable chasseur? No podia haber guerra.

Y sobre esta conclusion bebíamos y fumábamos.

De pronto ocurre un cambio de frente. Paris cambia de aspecto. Las cejas se fruncen, los bigotes se retuercen. Esta vez se siente como un olor á pólvora. — ¿Con que es verdad? — ¡Y por qué no! Nuestro poeta lo ha dicho:

Nous l'avons eu, votre Rhin allemand!

Nada, nada, ¿por qué le dejaríamos en manos extrañas?... Habiéndole tenido una vez, tengámosle otra. Llega el mes de julio.

Se declara la guerra. ¡Viva M. de Gramont! — ¿Qué es eso?

Un regimiento que pasa. ¡Bravo! Pero tienen un aire triste... Pronto la *Marseilles*, esa canción que alegra... no produce efecto... ¡Qué extraño! Es que quizás no sabemos cantar el himno de Rouget de l'Isle.

En aquellos días no se pensaba mas que en la guardia móvil.

Pero de repente el *Journal officiel* toma la palabra. Se llama á las filas á todo el ejército.

¿Estamos comprendidos? Ideas de desercion surgen en nuestra mente. Poco á poco los cerebros se calman. Se raciocina.

— Al cabo y al fin, ¿de qué se trata? De un paseito en familia. ¿Qué tiempo es menester? Pongamos quince días. ¿Y qué son quince días en la existencia de un hombre? Menos que nada. ¿No se puede hacer tal sacrificio en el altar de la patria?... Sí; pero ¿y la sed?... ¡Qué diantre! No estamos en el Sahara, y los ferrocarriles no se han hecho para los perros, exclusivamente, y por último, Chalons no está en la costa de Comandell.

— ¿Con que vamos á Chalons? — Sin duda. — ¿Quién lo ha dicho? — Nadie, pero todo el mundo lo sabe.

A fines de julio llega la carta de convocacion, mandando que pasemos á los Inválidos para recibir el equipo...

Ahora sí que se acabaron las dudas. Por lo demás, estamos decididos y prontos á emprender el trote. En verdad que preferiríamos quedarnos; pero ya que es imposible, adelante. Además, cuando uno se acuerda del prusiano, que, como un monstruoso murciélago, revolotea mecánicamente todas las noches en nuestros sueños, se siente como un alivio pensando que le vamos á cortar un poco las alas.

Sin embargo, la carta con el sello del ministerio de la Guerra nos produce cierta sensación. En suma, la cosa es grave. Es preciso endosarse el uniforme... Luego esa mochila... ¡Todos los soldados la llevan! Pero ¿qué tiene de malo?... Se ignora... No le hace, ese diablo de mochila nos incomoda.

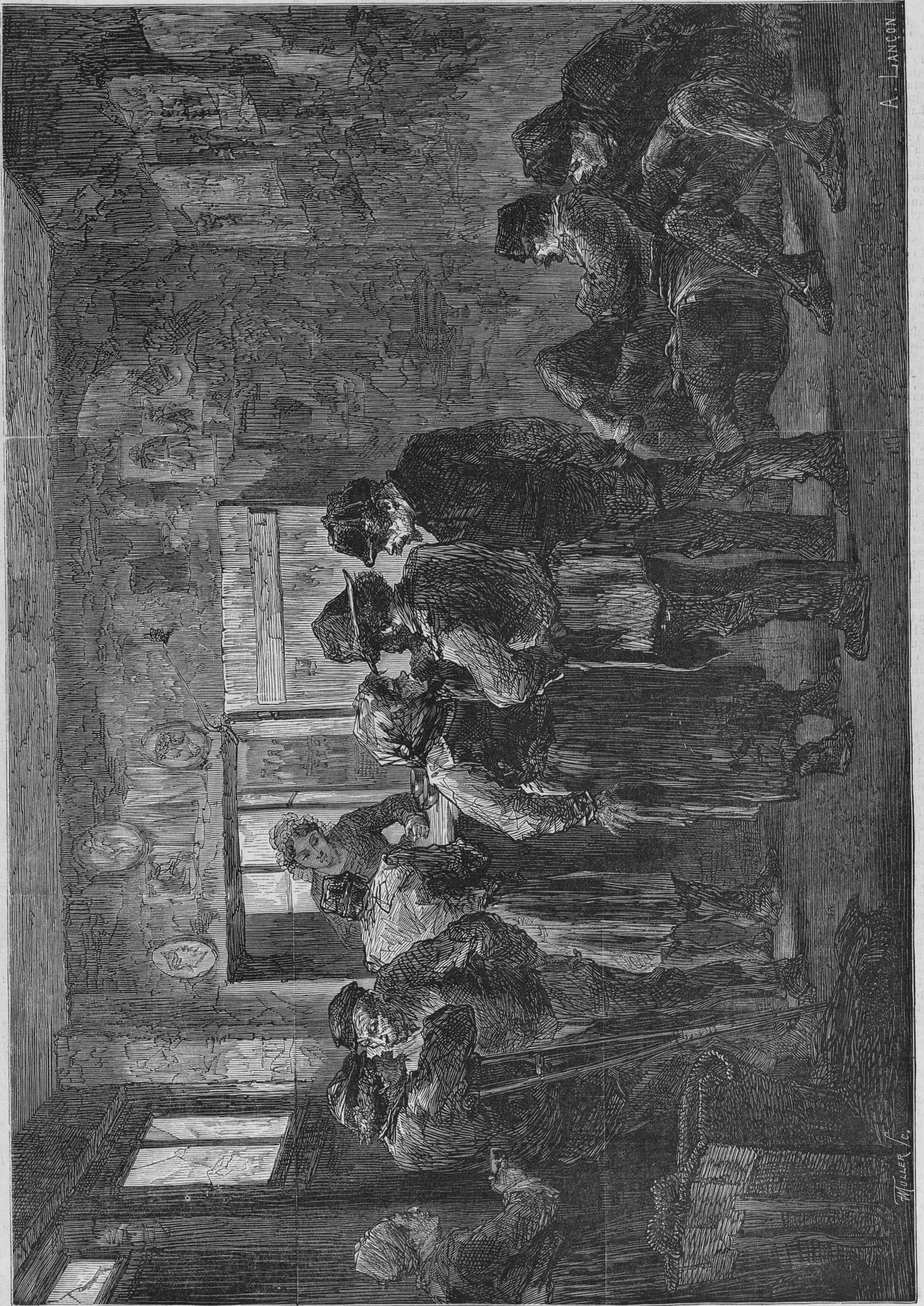
Por fin se decide uno y se planta el uniforme. Aquí una série de sensaciones ultra desagradables.

Hay que principiarse por abandonar el viejo paletó que tan bien se prestaba á todos los movimientos, y tomar ese leviton nuevo, que exige una gran tenacidad para quebrantar sus resistencias.

Tres horas de espera en los Inválidos. Al cabo de las tres horas recibimos la mochila, la famosa mochila, una camisa, un par de polainas y los zapatos tradicionales.

— ¿No hay nada mas? — No.

En ese caso no iremos al extremo del mundo. Pues



MISTERIOS PARISIENSES. — La Casserole, taberna de los traperos.

RECUERDOS DE UN GUARDIA MOVIL.



1870

Officiers
Gardes
Tambours et
Gironsse
oyes et e...

Mobile

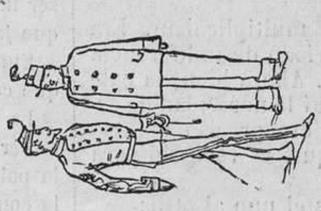
l'His
Terrific
Du
Fan

Protecteur
Balladeur
Béménageur
Chahoteur

Su entusiasmo patrió-
tico.

Sus ocupaciones paci-
ficas.

Compendio de los co-
nocimientos del guardia
móvil antes de la guerra.



Lo que era la guardia móvil
en 1869.

Primeros pasos.

¡La guerra! ¡La guerra!
Todos están acortés.
En quince días es negocio
hecho.

Un antiguo amigo.

¡Viva la paz!

Coros nocturnos.

¡Viva la guerra! ¡A Berlin!

si es para no hacer nada, podian habernos dejado quietos.

Pero estas recriminaciones duran poco. Sin sentir nos ha invadido, al tomar el uniforme, esa virtud no menos militar que conyugal, que se llama obediencia pasiva.

Volvemos á casa. ¡Pero qué duro es el chaqueton! Los brazos se quedan inmóviles. La corbata oprime como una argolla. El pantalon lima las piernas. En cuanto al kepi, es indescriptible.

A estas torturas se añade el deplorable efecto que producen los colores chillones de las bandas, vivos y bocamangas, impuestos sin transición á desdichados paisanos que han vivido en el gusto de las armonías tan suaves, propias de las modas civiles.

Yo, por mi parte, no me reconocía á mí mismo.

Me parecía que mi cabeza había cambiado de cuerpo...

Así andábamos por Paris disfrazados y por grupos.

Los muchachos nos seguían. Los tenderos se asomaban á las puertas, y con la boca abierta nos miraban. Las mujeres se paraban en la calle á contemplarnos, con expresiones de fisonomía bien diversas. En el rostro de las jóvenes había como admiración, en tanto que las viejas parecía que se compadecían de nosotros. Algunas de estas últimas cruzaban las manos, se encogían de hombros y elevaban al cielo miradas enternecidas.

De cuando en cuando nos preguntan. Cada cual se cree con derecho á interrogarnos á su antojo. Quieren saber pormenores sobre nuestros asuntos de familia. A poco mas exigirían la confidencia de nuestros amores.

— ¡Cómo ha de ser! El soldado no se pertenece, es de todo el mundo.

Y estas reflexiones evocan en nosotros la vision de la independencia pasada, que saludamos con hondos suspiros.

Por la noche se ven los boulevares cuajados de filas de hombres con los ojos encendidos; muchas blusas blancas y algunos paletós negros.

Sobre la multitud aparecen letreros en largas varas, banderas, faroles de coche y hasta escobas ardiendo.

Esas bandas corrian aullando himnos belicosos, y en su centro se veían gorras y sombreros en los aires, en tanto que de todas las gargantas se escapaba este grito mil veces repetido:

— ¡A Berlin! ¡A Berlin!

Pasaban por la calzada rápidas, tumultuosas. Las luces de las teas daban á aquellos hombres los aspectos mas extraños.

En las aceras de los boulevares había una porción de gente quieta y apacible que veía pasar las turbas de los alborotadores, y detrás se paseaban las damas y los agentes municipales como de costumbre.

De repente estos últimos se reunían y corrian; era que en algun grupo había resonado el grito de: ¡Viva la paz! ¡Ay de los pacíficos! Los golpes caían sobre ellos como granizo.

Seguramente el espectáculo merecía verse. Y sin embargo, no sentíamos entusiasmo alguno. Aquella exaltación callejera, por espontánea que quisiese parecer, tenía un no sé qué sospechoso.

La explicación es fácil.

Las causas de enervamiento se multiplicaban. Era imposible salir naturalmente del período de indiferencia en que nos hallábamos sumergidos. Ahora bien, la calma no convenia entonces; y de aquí la necesidad de estimularse un poco. Cuando menos era preciso crearse un entusiasmo artificial. Así fué que se recurrió para ello á los medios mas enérgicos.

Nosotros seguimos repitiéndonos el uno al otro:

— ¡Al cabo y al fin, esto es asunto de quince dias!

J. D.

Revista de Paris.

El nombre del diputado M. Ravinel se escribirá en la historia de Paris con indelebles caracteres. M. Ravinel es quien ha presentado á la Asamblea la proposición en que se pide la instalación definitiva del gobierno en Versalles, ó lo que es lo mismo, quien intenta quitar á Paris su corona de capital de la Francia. Ya sabemos que la Asamblea declaró la urgencia y que se nombró una comisión favorable al proyecto. Ahora bien, esta comisión acaba de dar su dictámen conforme de todo punto con el deseo de M. Ravinel, y ya solo falta que la votación consume la obra iniciada por este señor y sus colegas.

Hemos leído atentamente el dictámen y confesamos desde luego terminantemente que no nos ha convencido. La medida es tan grave, de una importancia tan excepcional, que la comisión ha creído oportuno extenderse en consideraciones no solo sobre la situación presente, sino sobre acontecimientos históricos en los que ha querido encontrar una correlación forzada con los que acaban de pasar á nuestra vista.

Entrando en este terreno nos habla del desastre de Poitiers cuando el rey Juan fué hecho prisionero, para decirnos

que lo mismo que ahora, despues del desastre de Sedan, los parisienses animados de un patriótico ardor se armaron para rechazar á los invasores y aprovecharon despues sus armas para pedir franquicias municipales. Estéban Marcel, el célebre preboste de los Mercaderes, sitiado en Paris como la Commune de 1874 por dos ejércitos, se preparaba á entregar las puertas de la ciudad á los enemigos del reino, cuando fué degollado por algunos ciudadanos que estaban cansados de su tiranía. Furiosos combates ensangrentaban á Paris á la par que el ejército francés era desbaratado en Azincourt y la larga contienda de los Armagnac y de los Borgoñones concluía con la entrada de los ingleses en la capital de la Francia. Por último, la Liga, sostenida por la España, tuvo cuatro años en respeto á Enrique IV, el mas popular de los reyes de Francia, y durante la Fronza el pueblo de Paris fué víctima de toda clase de intrigas.

Dice el dictámen que los recuerdos de aquellos tiempos tan desastrosos no fueron quizás extraños al establecimiento del gobierno y de la corte de Versalles, siendo muy de notar que mientras la corte y el gobierno se hallaban en Versalles, Paris no solo prosperaba, sino que se hacia el foco de las ciencias, las artes y las letras.

Despues se hace la historia de los acontecimientos políticos en Versalles desde el 4º de mayo de 1789, dia en que celebraron allí su primera sesión los Estados generales, hasta el 19 de octubre, en que la Asamblea se reúne por primera vez en Paris.

« Desde el dia en que la representación nacional entra en Paris, añade el dictámen, el movimiento de reforma sale de su via. Ya no es la Francia que trata de constituirse por su libre y constante voluntad, sino Paris, cuyos impetuosos movimientos vienen á ser la ley cambiante de la nación. La Convención es invadida ó violentada nueve veces en el curso de su borrascosa carrera, y pocos hombres hay en la Asamblea nacional actual que no hayan visto muchos motines sangrientos; tres veces se ha derrocado al gobierno legal del país, sin que la Francia haya tenido otro remedio que aceptar el hecho consumado.

» A las conjuraciones de los clubs suceden las conspiraciones del poder. Dos veces perece en Paris la República por golpes de Estado, que no echaron raíces porque toda la vida política, todo el sistema gubernamental estaba concentrado en Paris, y bastaba apoderarse de Paris para apoderarse de Francia. El primero de esos golpes de Estado, comenzado y virtualmente cumplido en Paris el 18 brumario termina en Saint-Cloud al otro dia; el segundo, el 2 de diciembre, está presente en todas las memorias. Ahora bien, preciso es reconocer la triste verdad; si fueron posibles aquellos atentados contra las leyes de la nación, si no excitaron ni en Paris ni en provincias mas que protestas impotentes, es porque la misma capital estaba tan cansada como la Francia de sus propias agitaciones.»

El dictámen, sin embargo, no niega la grandeza que á pesar de tanto trastorno va adquiriendo Paris, pero la explica á su modo.

A cada revolución, dice que Paris se hace mas imperioso y la Francia mas sumisa: Paris todo lo absorbe y viene á ser instrumento y objeto de la centralización mas completa que jamás se ha visto.

Sin freno en sus aspiraciones, se exagera su poderío hasta que cae víctima de sus propios excesos.

La Francia no quiere verse arrastrada en esta ruina.

Pero el peligro crece por una doble causa: el aumento de la población de Paris y la alteración de los elementos que la componen.

La población de Paris que se calculaba en 200,000 almas en tiempo de la Liga, en 475,000 á la muerte de Luis XIV y en 700,000 en 1789, pasa hoy de 2.000,000.

En estas cifras ve una lección el redactor del informe, que cita estas palabras de Montesquieu:

« Si la grandeza del imperio perdió á la República romana, no la perdió menos la grandeza de Roma.»

En cuanto á la alteración, es tan expresiva que se repite aquí la vulgaridad de que en Paris hay de todo menos parisienses.

Dice que con razón se ha comparado Paris á una California interior hácia la cual emigran incesantemente los franceses de todas las clases que por ambición ó por motivos menos elevados abandonan las provincias.

Despues se trata del incremento que ha tomado la industria y que naturalmente ha producido esas agrupaciones de obreros cuyas pasiones é intereses pronto se hacen comunes.

Citemos el texto:

« Estos grupos, casi todos reunidos en las grandes ciudades, y en Paris particularmente, se han concertado y unido y han creado relaciones de un país á otro, pues por ambas partes de la frontera hay que resolver los mismos problemas. En estas circunstancias se fundó la Internacional que, en vez de limitarse al estudio pacífico de los problemas económicos que interesan á los trabajadores obreros, se ha constituido en instrumento de guerra social. Esa peligrosa sociedad ha pedido un asilo á la Inglaterra, jefes á la Alemania y en Francia ha elegido el resplandeciente é industrial Paris para campo de sus experiencias, para teatro de sus fechorías.

« Muy difícil es precisar el número de adherentes á la In-

ternacional que existen en Paris; pero todos están conteste en reconocer que ese número se aumenta con rapidez, y que la caída de la Commune no ha desalentado á sus jefes.

» Si envolvemos ahora en una sola mirada los cuadros de la historia y el espectáculo de los tiempos presentes, no extrañaremos que hombres de todas las opiniones, que elevan el interés de la Francia muy por encima del interés de los partidos, hayan reflexionado acerca de los peligros que resultan para un pueblo impresionable y voluble de la exagerada influencia de una capital inmensa, y que se hayan dado la tarea de conciliar lo que debe la Francia á la primera y mas ilustre de sus ciudades, lo que debe á Paris y lo que á sí misma se debe.»

Seguidamente se invoca el ejemplo de los Estados Unidos que no han tenido una gran capital cuya influencia directa se haga sentir en toda la extensión del territorio, y eso que allí no existen las causas de desorden que hay en Francia. ¿Por qué no imitar en esto á los norte-americanos?

El deseo de poner en fin á la libertad y al gobierno, sea cual fuere su forma, al abrigo de toda violencia, y por consiguiente la esperanza de dar mas seguridad á la industria, mas disciplina al ejército y mas moralidad á la nación, hicieron que se pensara ya en trasladar fuera de Paris el gobierno, cuando los crueles acontecimientos que han sobrevenido han arraigado la idea.

Todo el mundo está convencido de que ellos entrañan una significativa lección que debe servir de escarmiento.

¿Qué habría sido de la Asamblea y de la Francia, si la Cámara hubiese ido á la capital directamente de Burdeos?

Se instaló en Versalles y la situación se ha salvado.

Pero esta situación es provisional, y es preciso hacerla definitiva.

El país reclama enérgicamente para su gobierno la seguridad de que durante tanto tiempo ha estado privado.

El dictámen entra despues en distintas consideraciones, y sobre todo examina los dos puntos siguientes:

1º La situación que se hará á Paris instalando el gobierno en Versalles.

2º El gasto que ocasionará esta instalación.

Hé aquí cómo se expresa respecto del primer punto:

« Nadie ha creído jamás que la traslación á Versalles de los establecimientos principales del gobierno pueda atacar de un modo sensible á la prosperidad de Paris. No hay mas que recordar para esto que mientras el gobierno y la corte de Francia estuvieron en San German ó en Versalles, la población de Paris se triplicó, elevándose de 200,000 á 700,000 almas.

» Es de notar que en ese mismo período se fundaron ó se desarrollaron la mayor parte de los monumentos é instituciones que son hoy el ornato de Paris, á saber: las Academias, el jardín de Plantas, la Biblioteca nacional, la casa de Moneda, el Conservatorio, los Gobelinos, los Inválidos y la Salpetriere; un crecido número de iglesias, teatros y puentes, las plazas del Carrousel, Vendome, de la Concordia, la Plaza Real, los boulevares, etc.

» Durante ese período Paris comenzó á ejercer en las ciencias, las artes y la industria esa superioridad largo tiempo incontestada, y á la cual han dado los primeros golpes, primero la centralización y luego el régimen imperial. Si el establecimiento del gobierno y de la corte en Versalles en los dos últimos siglos no ha entorpecido el desenvolvimiento de Paris, ¿cómo se produciría este mal efecto en el siglo XIX, cuando desde hace tantos años el esfuerzo de nuestros trabajos públicos no parece haber tenido otro objeto que el de concentrar hácia Paris todos los caminos de Francia, todos los canales, todos los ferro-carriles? Obrando así ha ganado la Francia un inmenso provecho industrial; ha creado en Paris la mas admirable plaza de trabajo y de cambio que haya en el mundo, excepto Lóndres, y es incontestable que si el comercio de Paris siente en el dia un malestar, menos grave quizás que en 1848, no es porque la Asamblea nacional está en Versalles, sino porque la capital de Francia debe resentirse de los desastres de la Francia.

» Precisamente porque Paris se halla admirablemente organizado para el trabajo, el comercio y la industria; porque ofrece mas completamente que ninguna otra ciudad del mundo los atractivos y los placeres del lujo y de las artes, precisamente por eso el gobierno debe estar al abrigo de las excitaciones y las influencias de la población parisiense.

» La Francia tiene ya ciudades militares, ciudades marítimas y ciudades industriales; lo que necesita es una ciudad política semejante á las capitales de América y de Holanda.

» Paris no dejará de ser la capital de la Francia y de la civilización porque se alejen á una hora de distancia los órganos esenciales del gobierno, puesto que la gran ciudad conservará las bibliotecas públicas, los teatros, los museos, las grandes escuelas, las grandes fábricas, el Instituto, el Colegio de Francia, el Tribunal de Casación, el de Cuentas, el de Apelación, las direcciones de los ferro carriles, el Banco de Francia, la Bolsa y su inmenso capital industrial; Paris poseerá un consejo municipal elegido por los parisienses, y vivirá por su vida propia.»

En otras reflexiones se detiene ahora el largo dictámen que analizamos.

Paris es una gran fortaleza, y los últimos acontecimientos imponen á la Francia y á su noble capital el doloroso deber



EL PAIS DEL PETRÓLEO. — Vista del valle de Oil-Creek, en la Pensilvania.

A la hora en que escribimos arrastra aun su misera existencia.

Ruina viva, maldice todos los dias su suerte, justo castigo de sus crímenes.

Enrique Little ha edificado una casa en uno de los barrios de Hillsborough, camino de Raby-hall; y en sus dependencias hay un taller donde el inventor perfecciona continuamente sus invenciones y forma otros proyectos.

Es un hombre rico y su fortuna aumenta.

M. Garden vive con su hija y su yerno.

Gracia es mas hermosa y mas feliz que nunca entre su esposo y sus lindos hijos.

M. Raby no dice ya que la vida es una decepcion. Posee una mujer que es un tesoro, y ve brotar con orgullo los tiernos vástagos de su árbol genealógico. Con su felicidad se ha rejuvenecido.

Por último, Mrs. Little ha recompensado la constancia del doctor Amboyne.

Este matrimonio no tiene hijos; pero considera muy suyos á todos los de Little y los de Raby, presentes y futuros.

FIN.

El Pais del petróleo.

Seguramente no recelaba yo el siniestro papel que debía representar el petróleo en el incendio de París, cuando una mañana del otoño de 1869 dejaba Nueva York, adonde habia llegado algunos dias antes, para encaminarme á Oil City, la capital del país del aceite, en el Estado de Pensilvania. Sin embargo, yo tenia empeño en hacer esta excursion: queria ver de cerca la explotacion de ese producto extraño, de ese carbon líquido que brota de las entrañas de la tierra, y las pocas noticias que sobre el asunto habia adquirido, excitaban mi curiosidad en alto grado.

Situado al extremo occidental de Pensilvania, al Sur del lago Erie, el país del aceite dista apenas doscientas leguas de Nueva York. Salí por el tren *express* de la mañana y pasé las primeras horas de la noche en la cama de uno de los suntuosos *wagones-palacios* del ferrocarril del Erie, cuando el conductor vino á despertarme diciéndome que habia llegado á mi destino. Con efecto, el tren paró á poco rato; estaba en Corry, empalme de la gran línea del Oeste con el ramal de Oil City. Eran las dos de la madrugada, y el tren que debía tomar no salia hasta las siete, por manera que entré en la única casilla de tablas de que se componen por lo comun las estaciones americanas, y me senté junto á una estufa á cuyo alrededor habia una docena de viajeros.

No tardé en trazar conversacion con uno de ellos, quien despues de haberse enterado del objeto de mi viaje, se puso á hablar de sus propios negocios. Era un antiguo abogado de Filadelfia, que cansado de su profesion habia abrazado la de médico, con tan mal resultado, que se resolvió á ir á buscar fortuna á California. De regreso en Pensilvania, habia perdido en una explotacion de petróleo lo que habia ganado en las minas de oro, y por fin se habia establecido en Oil City y era corredor para la venta y compra de terrenos.

A este punto llegábamos de la historia, cuando la campana anunció el tren. Tomamos asiento y muy luego pude echar una ojeada por los países que atravesábamos, á favor de la primera claridad del dia.

Ya el penetrante olor de que el aire estaba impregnado, anunciaba



GERCANIAS DE PARIS. — Restauración del palacio de San German en Laye : Vista general de la fachada por el lado del parque.

que estábamos en el *pais del petróleo* : largas filas de wagoes cargados de barriles se cruzaban á cada instante con nosotros. Por fin mi compañero me señaló una construcción de madera que se elevaba en medio de los árboles y á cuyo lado una máquina de vapor proyectaba en el aire su columnilla de humo blanco : era un pozo. Despues vimos otro, luego otro, y luego centenares de ellos. No tardamos pues, en entrar en el valle de *Oil Creek*, el *rio del aceite*, es decir, que nos hallábamos en el corazon de la cuenca de donde se extrae el petróleo. En este valle que tendrá como unas diez leguas de largo, se han concentrado las explotaciones : á cada paso se encuentran en él las fuentes de aceite mineral, los pozos se cuentan por miles y hasta en la superficie del rio cuyas orillas sigue la via férrea, se observan grandes manchas iriseas que indican la presencia de la preciosa sustancia que filtrando al través de la tierra, sube hasta flor de agua. El tren se detuvo en su última parada, en medio de una calle formada por casas de madera : nos hallábamos en Oil City. J. B.

(Se continuará.)

El palacio de San German

Y EL MUSEO GALO-ROMANO.

I.

El palacio de San German en Laye no ha tenido ninguna averia en medio de los horrores de la guerra que ha hecho tantos destrozos en las cercanías de Paris, y merecia á la verdad este privilegio, pues pocos monumentos históricos en Francia han sufrido tantas vicisitudes.

En un principio fué sitio real con Luis el Gordo; pero un sitio en donde el rey y su córte tenían que andar siempre con la mano en la guarnicion de su espada, al abrigo de un doble cordon de centinelas y de vigilantes nocturnos. Hasta sucedió que el jefe del Estado tuvo que salir á la cabeza de la policia y ejecutar sus sentencias á estocadas, pues los nobles de la época como el señor de Moulherly no reparaban en barras para cometer sus fechorías.

La obra de Luis el Gordo intimidó con sus fuertes murallas durante mas de dos siglos á los perturbadores de la paz pública; pero en 1346 el príncipe de Gales destruyó el castillo por medio de las llamas.

Restaurador de un reino aniquilado por todos los males, Carlos V fué tambien el restaurador de San German. Cristina de Pisan, la veneciana, hija del astrólogo de aquel monarca, nos ha dejado en su historia la frase siguiente :

» Hizo reedificar notablemente el castillo de San German en Laye. »

La estructura del palacio de Carlos V se conoce imperfectamente por un manuscrito de la biblioteca de San German.

Sin embargo, el edificio, elevado en medio de una vasta selva, debia reunir todo lo que constituye el castillo de aspecto sombrío de la edad media.

Francisco I le adoptó por residencia; pero un alcázar tan bien armado en guerra, no podia agradar largo tiempo á un príncipe que se habia hecho una córte de poetas, artistas y mujeres elegantes.

De las sombrías murallas del castillo de San German, salió la mas brillante de las trasformaciones. El palacio que le sucedió fué una de las principales obras maestras del Renacimiento.

Androuet de Cerceau cuenta en su obra magistral *Excellents batiments de France*, que en la construcción

del monumento se aplicó tanto el rey, que puede decirse que él fué su arquitecto.

No cabe duda, sin embargo, llamó á esta obra á los primeros artistas de su época: los arquitectos Pedro Lescot y Serlio, y los célebres artistas el Primaticci, A. del Sarto, Leonardo de Vinci, Juan Goujon y Bernardo Palissy.

Entonces se construyó en la parte de Oeste la galería de las Fiestas que no tardará en ser una de las mas bellas salas del Museo galo-romano. La reconstrucción no ha llegado todavía á la fachada. En el interior tiene una chimenea monumental del siglo XVI, hecha de piedra y ladrillo y en el mejor estado de conservación. Las armas de Francia y la salamandra, esculpidas encima atestiguan la autenticidad de su origen.

Se cubrió toda la techumbre con una azotea, que fué la primera que hubo en Francia, y desde esta azotea se disfruta de una vista asombrosa.

Posteriormente, Luis XIV, cuya corte se aumentaba con la creacion de la casa militar y la de una gran cantidad de nuevos cargos, se encontró estrecho en esta morada de sus antepasados y ordenó su ensanche.

Colbert confió la obra á Mansard; pero esta vez el afamado arquitecto no tuvo acierto y disfrazó con un gusto dudoso la delicada creacion de Francisco I.

El palacio de San German vino á ser entonces refugio de un rey proscrito, Jacobo II de Inglaterra. En 1793 le convirtieron en cárcel de sospechosos; en 1809 fué escuela de caballería, en tiempo de la Restauración sirvió de cuartel á los guardias de corps, y en 1836 le destinaron á penitenciaría militar.

Los cuartos de los reyes, de las reinas y de los delfines se dividieron en celdillas para los soldados condenados por el consejo de guerra.

Sin embargo, en 1853 se agitó la cuestion de la supresion de la penitenciaría, y el viaje que hizo á Francia la reina de Inglaterra precipitó el desenlace de la cuestion. Habiendo manifestado la reina el deseo de visitar el último asilo de Jacobo II, se ordenó la evacuación inmediata, que tuvo efecto el 10 de julio de 1855.

Finalmente, en 1862 el gobierno decidió la completa restauración del palacio y ordenó que se consagrara á la instalación de un museo galo-romano, en el cual figuraría la rara y curiosa colección que acaba de regalar al Estado el sabio Boucher de Perthes.

II.

Aquí se tropezó con grandes dificultades, cuya solución se encomendó á M. E. Millet, hábil arquitecto.

Presentábanse dos partidos: la restauración pura y sencilla del edificio en el estado en que le puso Mansard, esto es, con una pesada exhuberancia á la reedificación de la obra del Renacimiento. El primero era una ampliación bastarda y el segundo una exacta reproducción de una obra que por su tipo original y artístico, marcaba en su época.

M. Millet no vaciló; y sin la guerra, San German tendría hoy quizás el palacio de Francisco I reconstruido. Con su aspecto natural y algunos ornatos mas elegantes, sería un monumento nacional y auténtico, un modelo único en Francia para la arqueología.

Cuando el arquitecto reconstruyó las fachadas del Este y del Norte, supo apropiarse el interior de los aposentos al destino que el gobierno habia señalado al palacio.

En el ala del Norte, cuyo interior se armoniza perfectamente con el estilo del Renacimiento, aparecen á los ojos los primeros elementos de un museo que dentro de algunos años contendría incalculables riquezas si no se abandona el pensamiento que le ha creado, y donde el observador podrá estudiar los usos y costumbres de los antiguos desde el día en que el territorio recibió la visita del hombre hasta el tiempo de Carlomagno.

M. Millet todo lo ha restaurado en este sitio del palacio, las altas chimeneas, los artesonados, los arcos; ha resucitado los ornatos y las esculturas que el tiempo arrebató, y ha dado vida y luz á esa masa sombría y disforme.

Y su tarea no era fácil. No solo la estructura primitiva del edificio habia desaparecido á manos de Mansard, sino que el disfraz con que este la cubrió habia sufrido tales mutilaciones, que se desconocería en muchas de sus partes.

No se aplica impunemente á un palacio real la compleja metamorfosis de una escuela militar, de un cuartel y de una cárcel. A fin de aumentar el número de encierros de la penitenciaría, se dividió en dos el primer piso de las hermosas salas del museo hácia la mitad de su altura, y á fin de disminuir la luz, tapiaron muchas ventanas.

La escalera de honor perdió su estilo y belleza en la oscuridad. En tiempo de la escuela de caballería sustituyeron á la galería superior que se caía en ruinas, un muro de apoyo é imaginaron en el patio una especie de balcón que destruía la armonía de los arcos tres veces sobrepuestos. Hoy se encuentran con toda su elegante pureza en un estado primitivo.

En ese mismo patio los medallones con la L entrelazada, molduras de yeso del reinado de Luis XVIII, debían llenarse con pinturas de porcelana, representando las imágenes de los príncipes y de los hombres célebres que han ilustrado la edad del Renacimiento.

Finalmente, también se debían conservar los grandes fosos y plantarlos de árboles á fin de que el palacio apareciese entre la verdura.

F. DE L.

La Commune ante la Justicia.

(Continuacion. — Véase el N.º 972.)

VERDURE.

Verdure (Agustín José), empleado. Siempre se ha ocupado de las cuestiones obreras. Fitántropo utopista, se entusiasma con todas las teorías. Estaba afiliado á la Internacional desde setiembre de 1870. Cajero de la *Marseillaise*. Como miembro de la Commune, Verdure siguió asiduamente las sesiones y votó siempre con la mayoría. Se ocupó de los servicios administrativos del 44.º distrito, al que estaba delegado.

FERRAT.

Ferrat (Pablo), literato, desconocido en la política antes del sitio. Adquirió cierta influencia frecuentando los clubs. Como guardia nacional, fué delegado por su lección al comité central y participó de sus actos desde el 16 de marzo. Ferrat fué delegado como alcalde al 6.º distrito. Se retiró despues de las elecciones de la Commune.

Elegido jefe de batallón, fué enviado á Issy y nombrado jefe de Estado mayor de la plaza. El 22 de abril fué arrestado, por orden del delegado de la Guerra, en el local del comité central, en medio de sus colegas.

Esta arrestación produjo una especie de ruptura entre el ministro de la Guerra y el comité central, que escribió á Cluseret la curiosa carta que sigue:

« Ciudadano:

» Habéis hecho invadir nuestra sala de deliberaciones por hombres armados para operar la arrestación del comandante Ferrat.

» Cualesquiera que sean vuestras quejas contra el ciudadano Ferrat, habéis sobrepuesto vuestros derechos haciéndole arrestar en medio de nosotros.

» Protestamos contra la manera autocrática de dicha arrestación. Es una violación de todos los usos admitidos. El comité declara retirarse del ministerio hasta que se le dé amplia satisfacción.

» El Comité. »

El jefe del batallón número 80 obtuvo su libertad, y el 6 de mayo Ferrat entró en París con sus soldados. Casi inmediatamente fueron mandados á la puerta Maillot, luego al parque de Wagram, y el 22 entraban en Menilmontant, su barrio. Ferrat pretende haber influido con su batallón para que cesase la lucha cuando las tropas regulares llegasen á su barrio. Ferrat se titula literato, y mas bien parece uno de esos desheredados que no han podido aceptar la condicion de su familia y están siempre en busca de una posición. Ferrat era partidario de la Commune que con poco podía realizar sus sueños. Es de un temperamento enérgico, y ha sabido hacerse obedecer.

No era miembro de la Commune, y se le acusa de atentado para destruir el gobierno, de usurpación de funciones y de haber hecho armas contra la Francia.

DESCAMPS.

Descamps (Bautista), herrero, era antes del sitio de París miembro de la cámara federal de las sociedades obreras. Sin embargo, el acusado pretende no tener ninguna relación con la Internacional. Elegido miembro de la Commune en el 44.º distrito, casi nunca ha frecuentado las sesiones de la Commune y jamás ha tomado la palabra. El día 25 estaba en la alcaldía del 44.º distrito.

CLÉMENT.

Clément (Victor), tintorero, miembro de la Commune y de la comisión de Hacienda. En vez de asociarse á los actos de violencia y arbitrariedad, ha protestado siempre con bravura. Llenó honradamente las funciones de alcalde en el 45.º distrito, y sus administrados, que se sabían protegidos por él, se opusieron á que diese su dimisión.

COURBET.

Como pintor, fué nombrado director de Bellas Artes el 4 de setiembre y mantenido en este puesto por la insurrección. Como miembro de la Commune, fué delegado á la alcaldía del 6.º distrito, de que tomó posesión el 26 de abril. Votó contra las nuevas denominaciones

tomadas á la primera revolución, porque según él, no convenían ya al movimiento social republicano.

El 12 de mayo preguntó lo que debía hacerse de los objetos de arte cogidos en casa de M. Thiers, cuya demolición no pudo impedir, por haber llegado tarde á la sesión el día que se acordó.

Respecto á la demolición de la columna Vendôme, niega su participación, antes mas bien, dice, que lo que él pidió fué, no la demolición, sino su traslación á la esplanada de los Inválidos.

Despues de la declaración de la minoría de la Commune del 30 de abril, no volvió á ocuparse mas que de los negocios municipales de la alcaldía y de los referentes á Bellas Artes, de que continuó siendo director.

A pesar de eso, Courbet es acusado de haber tomado parte en un atentado cuyo objeto era el cambio de gobierno. de haber usurpado funciones públicas, y de haberse hecho cómplice de la destrucción de un monumento público.

PARENT.

Parent (Ulises), dibujante, fué nombrado miembro de la Commune el 26 de marzo, y agregado á la comisión de Relaciones exteriores, que presidía Grousset. El 5 de abril dió su dimisión. La inculpación mas grave que pesaba sobre él era el incendio del barrio de la Bolsa. En efecto, una orden escrita y firmada Parent se encuentra en la causa del inculpado. En un principio se tuvo la seguridad de que esta orden emanaba de Parent. El capitán relator le hizo escribir dos líneas, y M. Delarue, perito en escritura, ha declarado luego no reconocer la misma mano que habia escrito la orden de incendiar.

Vamos á resumir ahora los interrogatorios de los acusados.

En la audiencia del 8 de agosto se procede al interrogatorio de Ferré.

El presidente ordena al acusado que se levante, y recordándole que durante la instrucción se habia negado á responder, le pregunta si hoy está dispuesto á contestar.

Ferré responde que tiene el derecho de elegir el momento oportuno.

Esta primera réplica, pronunciada con voz débil, produce un movimiento de curiosidad en el auditorio, que es muy numeroso.

El acusado pide la palabra y empieza la lectura de un extenso documento, que es la apología de la Commune, con las conclusiones siguientes:

« Despues de haber tenido el honor de ser nombrado miembro de la Commune por 43,009 sufragios, tuve que ejecutar este mandato.

» Mi defensa no es libre, y no puede ser completa, porque los partidarios de la Commune, muertos, encarcelados ú ocultos, no pueden escucharse sobre este punto. »

El comisario del gobierno interrumpe á Ferré, y declara al presidente que no puede permitir al acusado hacer la apología de la Commune, y se opone á que continúe.

Ferré insiste, advirtiéndole que tiene aun dos razones que presentar, y que si ha hecho la apología de la Commune, el comisario ignora si va á continuar; pide que le deje hablar.

El presidente ordena al acusado que exponga simplemente sus conclusiones ó que hable de sí solo.

Ferré. — Los tratamientos inalicables que he sufrido, las crueles persecuciones ejecutadas contra los miembros de mi familia, mi madre muerta, me quitan todos los medios de defensa. Declaro, pues, que, salvo para contestar á las cuestiones concernientes á mi identidad, no tomaré parte activa en los debates.

El comisario de la República. — Señor presidente, habéis oído hacer la apología de la Commune por el incendiario Ferré, con el fin de explicar su mutismo. El consejo no tiene que establecer sobre este punto.

He impuesto un defensor á Ferré, que se negaba á recibir uno; ahora, si se niega á responder á nuestras preguntas, la ley zanja igualmente la cuestion, y no hay mas que pasar á los debates. Además, bastantes incidentes y conclusiones inútiles se han presentado desde ayer.

M. Dupont de Bursac (defensor). — Ayer no hablé mas que por mi cliente. Cada defensor tiene la libertad de hacer lo mismo en honor del suyo. No se debe ignorar un punto del derecho tan sencillo.

El comisario del gobierno. — Esa frase es una nueva insolencia que no puedo tolerar.

M. Dupont de Bursac. — Teneis un uniforme; pero debajo de mi túnica hay un hombre, y no permitiré...

El auditorio protesta, y el incidente toma, de parte de los abogados, proporciones increíbles, escandalosas. M. Dupont, al sentarse, hace gestos amenazadores al comisario del gobierno.

El comisario de la República. — No me amenaceis, ó haré intervenir al presidente.

El presidente no repetirá nunca bastante á los defensores que sean moderados y respetuosos para con la justicia, pues va en ello el interés de sus clientes.

El acusado se niega á contestar, y el presidente se ve reducido á leerle sus interrogatorios. Cuando el presidente llega al famoso autógráfico: « Incendiar el ministerio de Hacienda... » Ferré se levanta con un gesto violento y exclama:

« Niego que ese documento sea mio. No quiero de-

fenderme, y no responderé á ninguna de vuestras preguntas; pero todas las veces que trateis de atacar mi honor, imputándome cosas calumniosas de cualquier naturaleza que sean, protestaré, tanto en mi interés como en el de mis amigos. Es indigno que la justicia se sirva de documentos apócrifos con el fin de extraviar la opinion pública contra mí y mis amigos.»

El comisario trata de interrumpir al acusado, pero inútilmente.

Ferré (continuando con vehemencia). — Repito que ese documento es falso, y con él me han calumniado y al mismo tiempo á todos mis amigos. Podeis confrontar el documento con todas las cartas secuestradas de fecha posterior y vereis que no es mio. Debo advertir que si hubiera dado esa orden os lo declararía; pero os digo que soy ajeno á ella; tengo la costumbre de no renegar lo que hago. Por lo tanto, al producir ese documento, la instruccion ha cometido una accion indigna.

El presidente. — Ese papel se ha encontrado, segun parece, en el bolsillo de un hombre muerto cerca de la barricada del Palacio Real.

Ferré. — Despues de la caida de la Commune he vivido mes y medio en Paris, y vi un periódico que publicaba ese documento; estaba libre y me pregunté cómo habrian fabricado el documento; preciso es, pues, que la justicia haya sido engañada, puesto que declaro lealmente que si hubiera escrito ese papel, lo diria.

Veo en el legajo la carta que he escrito al ciudadano Lacore, y esa, única que yo he firmado, debe haber servido de modelo para la fabricacion de este documento, que es evidente tiene el timbre del ministerio de la Guerra, y yo no he salido de la Prefectura.

Es cierto que no puedo citar testigos en descargo que lo prueben, pues que no permanecerian aquí mucho tiempo como testigos, y esto es para mí una cuestion de delicadeza.

Terminado este incidente, se procede al interrogatorio de los testigos en contra de Ferré.

El número total de testigos se eleva á 200, y entre ellos se nota á gran número de sacerdotes, hermanos de las escuelas cristianas, guardias municipales, empleados de las cárceles y varias mujeres.

En esta primera audicion de testigos se han escuchado á diez ó doce, y de sus deposiciones resulta claramente que Ferré es culpable.

La sesion se levanta á las seis de la tarde.

Audiencia del 9 de agosto.

En la sesion de este dia se han oido aun algunos testigos en la causa Ferré, pero inútilmente, pues todas las declaraciones se estrellan contra el mutismo del acusado. El presidente, cansado de ser victima de este mutismo pensado maduramente, interpela al acusado, diciéndole que conoce es inútil dirigirle pregunta alguna.

Ferré responde con un gesto afirmativo.

El presidente. — En ese caso voy á declarar terminado el interrogatorio en lo que os concierne.

Ferré. — Perfectamente, señor presidente.

El presidente. — ¿No teneis nada que añadir?

Ferré. — Nada.

Ferré se sienta en medio de la reprobacion general que excita su actitud insolente y provocadora al mismo tiempo.

Son las tres y media, y la audiencia se suspende un momento.

INTERROGATORIO DE ASSI.

Al continuar la sesion se llama al acusado Assi. Todas las miradas se fijan en el acusado, que está pálido; su rostro fatigado, al parecer por la tension de su mente en preparar el andamio de la defensa de que depende su vida, le da un aspecto de trapista, mas bien que de coronel de federados, cuyo uniforme lleva.

Los primeros testigos que se oyen relativamente á este acusado, recuerdan los puntos principales del acta de acusacion.

El presidente interroga al acusado relativamente á su papel en el comité central, el arresto que sufrió por orden de sus desconfiados colegas y de la mision que recibió mas tarde cuando fué delegado á la fabricacion de materias incendiarias.

M. Serres, teniente en el 409, testigo y detenido, hace una deposicion sobre los hechos acaecidos en el cuartel Lobau el 22 de marzo, y manifiesta su profunda gratitud por Assi, que le salvó primero de una muerte casi segura, y luego de servir en las filas de la insurreccion, dándole un empleo en las oficinas.

Luego se termina la sesion escuchando las deposiciones relativas á las circunstancias del asesinato de los rehenes en la prision de la Roquette, y se referencian con hechos ya conocidos.

La sesion se levanta á las diez.

Audiencia del dia 10.

El consejo entra en sesion á las doce del dia. *M. Bigot* se queja de un artículo del *Garlois* firmado El Cadi, respecto de las cantidades de ácido prúsico pedidas por Assi y sobre el asesinato de Clemente Thomas y Lecomte,

Regere reclama personalmente contra un artículo del *Figaro* que le trata de asesino y vil.

El presidente recomienda á los periodistas que no extravien el debate.

Se pasa á la audicion de testigos.

M. Pellet, antiguo consejero general de la Nièvre, cuenta la conducta de Assi en los desórdenes del Creuzot; declaracion en favor del acusado y en la que se dice que Assi no es un asesino, ni un incendiario.

Fossé (Louis-Alix), ayudante de campo de Assi, actualmente detenido, declara que en el momento de ser arrestado en union de Assi, iban los dos al polvorin de Beethoven.

La llamada Charvet, cantinera de los guardias republicanos ha visto el 22 de marzo fusilar por Adamcourt al capitán Comte en el cuartel Lobau; ha visto la orden para fusilarle en manos de Adamecourt, y le dijeron que era de Lullier, pero no podria afirmar el nombre del infrascrito.

El consejo hace llamar á *M. Ernesto Picard*. (*Viva sensacion*.)

M. Ernesto Picard ignora del todo para lo que es llamado.

M. Bigot declara que el ministro del Interior interrogando á Assi en Versalles, le dijo: « Sois un agente prusiano y tengo la prueba. » El abogado pide esta prueba.

M. Picard dice que quiso ver á Assi porque habia sido encargado de la vigilancia de los polvorines y esperaba obtener de él algunas revelaciones propias á evitar en Paris nuevas desgracias. En cuanto á la prueba de que Assi era un agente prusiano, *M. Picard* dice que en efecto, recibió una carta en este sentido, pero que no está ya en su poder. Reconoce la carta en que habla de nidos de golondrinas, publicada en las precedentes audiencias. El ministro responde con afabilidad á todas las preguntas que le hace la defensa, y cuyo objeto no comprende nadie.

M. Bigot lee la declaracion escrita del testigo Lafon, ex-ayudante del alcalde del 48º distrito, enfermo. Durante esta lectura, el presidente hace acercar un sillón á *M. Picard* que se apoya tan solo en el respaldo y permanece en pié.

La deposicion de Lafon se refiere á los sucesos que precedieron la revolucion del 48 de marzo. El nombre de Assi no se pronuncia una sola vez.

M. Picard refuta numerosos pasajes de esta deposicion relativos á una reunion de alcaldes presidida por él el 42 de marzo.

INTERROGATORIO DE URBAIN.

El presidente ordena al acusado que se levante, y le pregunta si ha formado parte de los comités de vigilancia de la guardia nacional.

El acusado contesta afirmativamente, pero niega haber formado parte del comité central y haber firmado órdenes ni requisiciones.

El presidente declara tener á la vista una orden firmada por el acusado, autorizando á un jefe á saltar la tapa de los sesos á los recalcitrantes.

El acusado responde que esta orden era para un caso excepcional y que solo tenia efecto por 48 horas.

El público acoge esta excusa con una explosion de hilaridad.

El presidente pregunta si con 405 francos por semana que tenia el acusado ha podido reunir 4,000 fr. que legaba á su mujer, segun testamento.

El acusado entra en largas y difusas explicaciones, hablando de su esposa, sus hijos y su hermana con un sentimentalismo que contrasta en alto grado con las inculpaciones que le llevan ante el tribunal.

El presidente dice que el acusado hizo ú ordenó requisiciones en casa de *M. Landau*; detuvo á tres personas que tuvo sin comer dos dias y tres noches.

El acusado responde que seria lo mismo acusado de haber robado las torres de Nuestra Señora.

El presidente imputa al acusado haber sido el primero en la Commune que pidió la ejecucion de los rehenes y de que el dia de la explosion de la cartucheria Rapp arrestase á inocentes que acusó como los autores de la catástrofe.

El acusado no responde al primer punto y pasa á explicar el segundo, entra en largos detalles, citando continuamente los nombres del coronel Montaut, de un polaco, *M. de Palloza* y de una cierta señora *Leroy*.

La deposicion mas notable en la audicion de testigos que se siguió, es la de *M. y Mme. Landau*.

M. Landau cuenta que fué llevado á casa del mismo Urbain; primero le dejaron en una habitacion en que habia dos mujeres que luego supo eran la esposa y la hija del acusado. En el interrogatorio que Urbain le hizo sufrir, este notó el reloj que llevaba el testigo y se apoderó de él como de su pertamonedada.

El presidente. — ¿Trató de justificar esta medida?

M. Landau. — Sí, me dijo. ¡ Ah ! ¿ teneis un reloj ? y lo tomé. (*Risas*.)

Madama Landau declara que Urbain le robó sus sorbijas y corrobora las afirmaciones de su esposo.

Son las cinco y media, y la audiencia se levanta.

Audiencia del dia 11.

INTERROGATORIOS DE BILLIORAY Y JOURDE.

El principio de la audiencia pasa en la audicion de

testigos sobre Urbain, y á las tres se suspende por un momento; al entrar en sesion empieza el interrogatorio de Billioray, que para establecer inmediatamente su situacion y la actitud que debe tomar en el proceso, lee el siguiente documento con la autorizacion del presidente:

« Considerando que he sido elegido miembro de la Commune por una eleccion que era de mi derecho considerar regular;

» Considerando que si se han cometido actos que reprobados no puedo ser responsable mas que de aquellos en que he tomado parte directamente;

» Considerando que no he tomado parte en los actos reprobables que han merecido la desaprobacion de la gente honrada, rechazo toda solidaridad con los acusados que no estén en el mismo caso que yo. »

El presidente. — ¿ Habis formado parte del comité central ?

El acusado. — Sí.

El presidente. — Entonces habeis contribuido á preparar la insurreccion del 48 de marzo.

El acusado. — No he asistido mas que á una reunion el 45 de marzo, y en tres dias no se prepara una revolucion.

El presidente. — Habis formado parte de la comision de justicia y del comité ejecutivo despues.

El acusado. — Sí á fe, y mi paso por la comision de la justicia está señalado por mas de cien personas que ordené poner en libertad.

El presidente. — Habis tomado parte en el encarcelamiento de los rehenes, y como tal sois responsable de su ejecucion.

El acusado hace una larga apología, diciendo que no ha habido ejecucion de rehenes, sino asesinato de personas inocentes, y que los asesinos son los responsables.

El presidente pregunta al acusado si cree que mediante una proclama dirigida á la guardia nacional, esta no habria entregado los cañones.

El acusado responde que siempre ha considerado la toma de los cañones como una niñería. Los guardias nacionales no tenian municiones y para nada podian servirles.

El presidente. — Habis sido miembro de la comision ejecutiva, y hecho embargar brazaes tricolores y encarcelar las personas que los fabricaban.

El acusado. — Esos brazaes debian distribuirse para que los que los llevasen simulasen un movimiento al interior, y mientras tanto abrir las puertas á los versalleses. He cumplido mi deber.

El presidente. — Así explicais el embargo y la prision.

El acusado. — Creo que valia mas impedir la manifestacion, que verse obligado á dirigir contra ella las armas de la represion.

El presidente. — Sois responsable y solidario de los actos horribles de la Commune.

El acusado rechaza toda solidaridad en los asesinatos é incendios.

Se ha escuchado á varios testigos, siendo las declaraciones en favor del acusado, y particularmente la de *M. Limousin*, que formaba parte de un sindicato de conciliacion en relacion con Billioray; y declara que el acusado se decia desolado de las consecuencias que tendria la lucha armada de los últimos dias.

M. Bénègech asegura haber recogido á Billioray el 22 de mayo, que permaneció en su casa hasta los primeros dias de junio; por lo tanto prueba que el acusado no tomó parte en la lucha de Paris.

Debia oirse al general Chanzy que debe hablar sobre las causas Urbain y Jourde, á la vez, pero el general está ausente y la acusacion de Billioray se suspende momentáneamente, para oír al acusado Jourde.

De todos los miembros de la Commune escuchados hasta ahora, este es el menos antipático y el menos odioso, y su único defecto es ser un ambicioso vulgar.

El acusado ha hablado durante media hora con elegancia y sobriedad, y su relato es una verdadera defensa, mas bien que una exposicion de las cosas en que ha tomado parte, y de aquellas á las que es ajeno.

Jourde empieza por hacer la historia de los sucesos que precedieron el 48 de marzo; recuerda el papel del comité central de que formaba parte, y señala á grandes rasgos la diferencia que existe entre este comité formado pocos dias antes de la funesta jornada de Montmartre, y el que lo habia precedido, que debe solo inculparse de los excesos á que por su causa fué impulsada la guardia nacional.

« Cuando el poder regular huyó de Paris y la insurreccion victoriosa se apoderó del Hotel de Villa, sabeis, pregunta Jourde dirigiéndose al consejo, ¿ cual fué mi grande y única preocupacion ?

» Entreví, como á través de un denso velo, las consecuencias desastrosas de la falta de dinero y del desorden rentístico de que íbamos á ser víctimas. Ya empezaban á operar requisiciones para subvenir á los gastos mas urgentes.

» ¡ Requisiciones, cuando nuestro comercio arruinado por un sitio de cinco meses, cuando nuestros negociantes empobrecidos no podian producir mas que balances de bancarrota !

» ¿ Qué podia esperarse de tal sistema ? ¿ Qué podia producir la rebelion inevitable, contra los que poseian aun, 300,000 hombres armados, faltos de todo ? »

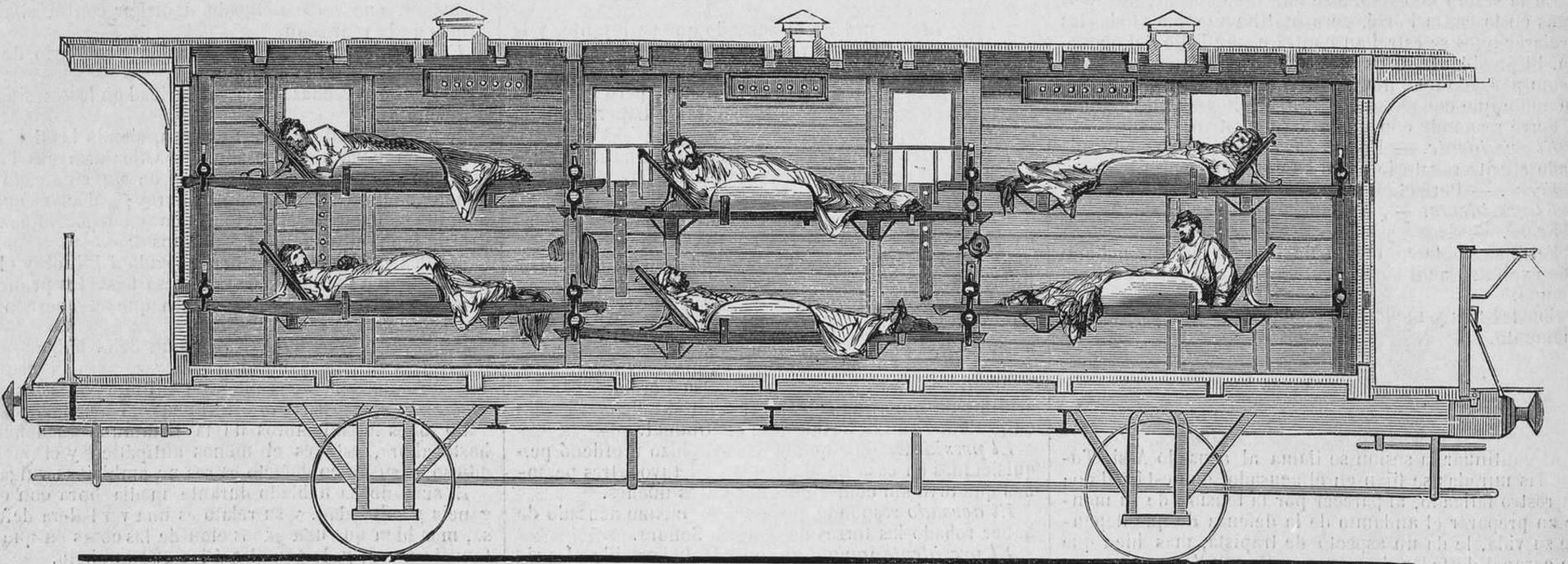
Entonces Jourde acudiendo al comité exclamó:

— Ciudadanos, es preciso crearnos recursos regulares y poner orden en la Hacienda á toda costa.

(*Se continuará*).



LOS PRISIONEROS HERIDOS PROCEDENTES DE ALEMANIA. — Traslacion de los heridos del tren al hospital.



El wagon hospital.



La sala de espera.



Instalacion de los heridos en los carros de ambulancia del baron Mundy.



LOS PRISIONEROS HERIDOS PROCEDENTES DE ALEMANIA. — Llegada á Lila del último tren de prisioneros enfermos ó heridos.

Sociedad francesa

DE SOCORROS Á LOS HERIDOS DE TIERRA Y DE MAR.

Viaje de los prisioneros heridos, de Alemania á Francia.

El miércoles 16 de agosto, á las dos de la tarde, llegaba á la estación de Lila el último tren militar de heridos ó enfermos franceses, procedentes de Alemania. La concurrencia tan numerosa como simpática aclamó la entrada del tren que traía á Francia las últimas víctimas de la guerra. Con efecto, apenas quedan ya 12 enfermos en Alemania, cuyo transporte habria sido imposible; pero no están abandonados ni mucho menos. Un comité de señoras, compuesto de la señora condesa de Goyon, y la marquesa de Gabriac en Berlin, y de madama Lefevre en Munich, ha aceptado la dolorosa misión de cuidar de ellos hasta que puedan regresar á la madre patria.

El tren llegado á Lila era el quinto de los que habia organizado la comision de evacuacion de la Sociedad francesa de socorros á los heridos, y le dirigieron, en medio de mil dificultades, los delegados del ministro de la Guerra, el conde Serrurier, el doctor baron Mundy y M. A. Ellissen.

Los enfermos venian de distintos puntos, de Königsberg, Hamburgo, Dantzig, Posen, Glatz, Neisse, Colonia, Glogau, Castrin, Hanover, etc., y esta variedad de puntos patentiza las dificultades que han debido vencer los directores de la obra filantrópica. El número total de los enfermos llegados á Francia asciende á 5,000; y el comité de evacuacion ha debido atender desde Paris á todo lo necesario para el viaje.

Hé aquí la formacion del comité:

El conde Serrurier, *presidente*; el doctor baron Mundy, *relator*, M. A. Ellissen, *secretario*.



Cruz de la Sociedad francesa de socorro á los heridos.

Miembros: el doctor Chenu; el baron doctor Larrey; el doctor Reynaut; el conde de Beaufort y M. Alberto Ellissen.

Tren sanitario: el doctor Planchon, *cirujano mayor*; M. Bauer, M. Bœufvé, M. Ludwig y M. Robin, *doctores*.

Delegados: M. Berthier, M. Durassié, M. de Monne-cove y M. Renou.

Delegado encargado de la manutencion: M. Fontés. *Capellanes*: M. de Breon, M. Lerebours y el reverendo padre Marie.

Además, el tren contenia 25 enfermeros, 5 cocine-ros, etc.

Con un personal tan completo y filantrópico, la organiza-cion del hospital ambulante era perfecta, y no nos ha extrañado oír á los mismos enfermos, que les habian colmado de cuidados y atenciones.

En punto á material el tren era considerable.

Constaba de 25 coches-camas de 12 puestos; 4 wagon farmacia y sala de guardia; 2 cocinas; 3 almace-nes; 3 wagoes para los doctores, delegados y cape-llanes. El aspecto de la instalacion era magnífico.

Se comunicaba fácilmente de un extremo á otro del tren, gracias á la disposicion de los wagoes unidos entre sí por corredores y plataformas movibles.

Los enfermos estaban acostados en camillas especia-les, colocadas á lo largo y en dos hileras sobrepuestas.

Las camillas, que eran camas completas, se sostenian en las cuatro extremidades con enormes redondeles de goma elástica, que amortiguaban los choques y el movimiento.

Cada wagon-cama estaba servido por uno ó mas enfermeros, segun la gravedad de los enfermos que en él viajaban.

Un médico y un delegado de servicio montaban la guardia de cuatro en cuatro horas. Las comidas, que eran tres, se daban á hora fija, puesto que podian distribuirse los alimentos durante la marcha del tren.

En la estacion de Lila esperaban el tren el intenden-te general, el sub-intendente y el cirujano mayor del hospital militar, y tambien asistia una numerosa dipu-tacion del comité de la Sociedad de socorros de Lila, con su presidente M. Longhaye á su cabeza.

Todas las disposiciones oportunas se habian tomado para la traslacion de los heridos.

Con este fin la Sociedad de socorros habia enviado de Paris carros especiales, inventados por el doctor baron Mundy, hechos de modo que pueden recibir cuatro enfermos tendidos y tres sentados, ó doce enfermos sen-tados.



Wagon-cocina: los hornillos.



Wagon-cocina: el buffet.

Creemos que es imposible imaginar nada mas confortable ni mas práctico, y ese sistema de locomoción inventado durante el sitio y que hizo sus pruebas en todos los campos de batalla en torno de París, se adoptará sin duda en lo porvenir para los trasportes de heridos en campaña.

A las seis, todos los enfermos estaban en el hospital militar.

Añadimos á nuestros dibujos relativos á este interesante viaje, el de la misa que se celebra todos los domingos en la ambulancia de la *Grande Gerbe*, en el parque de Saint-Cloud. El general Douay, que demuestra el mayor interés á esta ambulancia, asiste regularmente á esta misa con su estado mayor. X.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion — Véase el número 971.)

Dentro del edicio la turba era aun mas amenazadora, Lord Jorge, precedido de un hombre que llevaba sobre un cojin una enorme peticion que en la puerta de la Cámara dos ujieres salieron á recibir y la colocaron sobre una mesa dispuesta para sostenerla, habia ocupado su asiento antes de abrirse la sesion. Sus partidarios se habian aprovechado de este momento para llenar al mismo tiempo, como hemos visto, el corredor y las puertas, de modo que los representantes no se veian detenidos tan solo al pasar por las calles, sino que tambien les interceptaban el paso en el mismo recinto del Parlamento, y el tumulto, tanto fuera como dentro, ahogaba la voz de los que querian tomar la palabra. Ni siquiera podian deliberar sobre el partido que les aconsejaba la prudencia en aquel conflicto, ni animarse unos á otros á una resistencia noble y firme. Cada vez que llegaba algun representante con el traje descompuesto, los cabellos despeinados y empujando á los que obstruian el corredor para abrirse paso, se estaba seguro de oír un grito de triunfo; y en el momento en que la puerta, entreabierta con precaucion para dejarle entrar, permitia á la multitud lanzar una mirada rápida hácia el salon, los amotinados se hacian mas salvajes y feroces, como fieras que han visto su presa, se arrojaban sobre las hojas de la puerta con tanta furia que parecia que iban á arrancar los cerrojos y hasta romper las vigas del techo.

La galería de los extranjeros, situada inmediatamente encima de la puerta de la Cámara, habia sido cerrada por orden superior cuando se tuvo noticia del motin, y estaba por consiguiente desierta. Unicamente lord Jorge iba á sentarse á ella de vez en cuando para estar mas cerca de la escalera y dar parte al pueblo de lo que se deliberaba.

En el extremo superior de esta escalera estaban Hugo, Bernabé y Dionisio. Habia allí dos tramos de escalones, cortos, altos, estrechos y paralelos, que conducian á dos puertas que se comunicaban con un pasillo bajo que se abria en la galería, y entre estos dos tramos se veia una especie de abertura circular para dar paso al aire y á la luz en el corredor, y que tenia unos diez y ocho ó veinte piés de profundidad.

En una de estas escalerillas, no en la que aparecia de vez en cuando lord Jorge, sino en la otra, estaba Gashford con el codo apoyado en la barandilla y la cabeza reclinada en la mano, con la expresion de astucia que le era familiar. Cada vez que cambiaba de actitud, aunque no fuera mas que para mover el brazo, se oían nuevos gritos furiosos, no tan solo allí, sino tambien en el corredor, donde es preciso creer que habia un hombre de atalaya examinando constantemente sus mejores movimientos.

— ¡Orden! gritó Hugo con voz estentórea que dominó el motin y el tumulto al ver asomarse á lord Gordon en lo alto de la escalera. ¡Noticias! ¡Milord trae noticias!

Sin embargo, continuó la gritería hasta que volvió la cara Gashford. Reinó entonces el mas profundo silencio, hasta en el pueblo que inundaba los pasos y las otras escaleras, y que nada habia podido oír, pero que recibió la señal de callarse con prodigiosa rapidez.

— Señores, dijo lord Jorge muy pálido y agitado, tengamos firmeza. Se habla aquí de aplazar la discusion, pero eso no nos conviene. Se habla de tomar nuestra peticion en consideracion para el martes próximo, pero es preciso que se discuta en el acto. Se manifiestan disposiciones poco favorables al buen éxito de nuestra causa, pero es forzoso que triunfemos... lo queremos.

— ¡Sí, sí, lo queremos! repitió la turba como un eco. Entonces, en medio de sus gritos y aplausos, los saludó, se retiró y casi al mismo tiempo volvió á asomarse.

A otro ademan de Gashford se restableció al instante el mas profundo silencio.

— Me temo, dijo, que no va á hacernos hoy justicia

el Parlamento. Pero la necesitamos y la alcanzaremos, señores. Tengamos confianza en la Providencia, y bendecirá nuestros esfuerzos.

Como este discurso era mas moderado que el otro, no fué recibido con el mismo favor.

La gritería y la exasperacion habian llegado á su colmo cuando volvió á asomarse para decirles que se habia dado el grito de alarma á varias millas en contorno, y que luego que el rey supiera la fuerza con que contaba la Asociacion, era indudable que S. M. enviaria órdenes expresas para que se discutiera la peticion. Continuaba esta arenga anodina, lánguida y vacilante, cuando aparecieron en la puerta dos caballeros, pasaron por delante de lord Jorge, y bajando dos ó tres escalones, miraron al pueblo con ademan resuelto.

Esta osadia les cogió desprevenidos, pero se quedaron mas desconcertados aun cuando uno de aquellos caballeros, volviéndose hácia lord Jorge, le dijo con voz tranquila, pero alzándola para que todo el mundo pudiera oírle:

— ¿Os dignais hacerme el favor de decir á esas gentes, milord, que soy el general Couway, de quien han oido hablar, y que me opongo á su peticion condenando su conducta así como la vuestra? ¿Quereis decirles, además, que soy militar y que sabré proteger la libertad de la Cámara con la espada en la mano? Ya sabeis, milord, que todos hemos venido armados, sabeis que el paso que conduce á la Cámara es estrecho, y no ignorais que hay para defenderlo hombres determinados que harán caer sin vida á mas de uno de los vuestros si no los despedís. ¡Cuidado con lo que haceis!

— Y yo, milord Jorge, dijo el otro caballero con acento resuelto, no necesito decirlo yo, el coronel Gordon, vuestro próximo pariente, que si en esa chusma que nos asorda con sus gritos hay un hombre, un solo hombre que cruce el umbral de la Cámara de los Comunes, doy aquí mi palabra de honor de que al mismo tiempo traspasaré de parte á parte, no su cuerpo, sino el vuestro.

Y volviendo á subir la escalera con la mirada constantemente fija en la multitud, cogieron por el brazo al noble lord mal inspirado por su fervor religioso, le arrastraron por el corredor y cerraron la puerta por dentro.

Esta escena fué tan rápida, y el aspecto de los dos caballeros, que no eran jóvenes calaveras, demostraba tanta firmeza y tal arrojo, que los amotinados se miraban unos á otros con expresion tímida y vacilante. Muchos de ellos se dirigian hácia las puertas, otros menos atrevidos decian en voz alta que no les quedaba mas recurso que retirarse, y pedian que les abrieran paso, y la confusion y el terror se propagaron con una rapidez inesperada.

Gashford hablaba en voz baja con Hugo.

— ¿Por qué os retirais, cobardes? gritó este con voz de trueno. ¿Dónde podeis estar mejor que aquí? Demos un buen empuje á esta puerta, y al mismo tiempo otro á la puerta de abajo, y es nuestro el campo. Aquí sobra gente. En cuanto á la puerta de abajo, que se retiren los que tengan miedo, y que los valientes rivalicen en ser los primeros en entrar. ¡Ya vereis, ya vereis!

Al mismo tiempo se descolgó por la barandilla al corredor, y apenas se habia puesto en pié, cuando ya estaba Bernabé á su lado.

Algunos individuos de la Cámara de los Comunes que estaban en la puerta aplicando al pueblo que se retirase, huyeron precipitadamente, y al mismo tiempo la multitud, lanzando un grito atronador, se arrojó contra las puertas para sitiarse en regla á la Cámara.

En aquel momento, y cuando un segundo esfuerzo iba á ponerles enfrente de sus enemigos que les esperaban armados en el salon y á verter sangre en una lucha desesperada, se vió á la multitud que se hallaba en última fila huir apresuradamente, y circuló de boca en boca el rumor de que un mensajero habia ido á buscar tropas, las cuales estaban formadas ya en las calles. El populacho, que no tenia deseos de sostener un ataque en los angostos corredores donde estaba bloqueado, se retiró con tanta impetuosidad como habia entrado.

Bernabé y Hugo fueron arrastrados por la corriente, y á fuerza de codos, de luchar á puñetazos, de pisotear á los que caian huyendo y ser pisoteados, acabaron por desembocar con la turba que les rodeaba en la calle á borbotones, en el mismo momento en que llegaba á paso redoblado una numerosa partida de guardias de á pié y de á caballo, barriendo delante de ellos la plaza con tanta rapidez, que parecia que el populacho se derretia en su fuga.

A la voz de «¡Alto!» la tropa formó á lo largo de la calle, y los amotinados, mohinos, rotos, sin aliento y estrujados, formaron tambien, pero de una manera irregular y desordenada.

El oficial que mandaba la fuerza armada cruzó á caballo el espacio que separaba á ambos ejércitos, acompañado de un magistrado y de un ujier de la Cámara de los Comunes, á los cuales dos jinetes se habian apresurado á prestar su caballo.

Se leyó el *Riot Act* (ley contra los motines que se lee antes de mandar hacer fuego), pero nadie se movió.

En la primera fila de los insurgentes estaban Bernabé y Hugo.

Uno de los compañeros habia puesto en manos de Bernabé, cuando salió á la calle, su preciosa bandera. Si ha existido alguna vez en el mundo un hombre que con toda la sinceridad de su alma se creyera empeñado en una causa justa y estuviese resuelto á ser fiel á su jefe hasta la muerte, era indudablemente el pobre Bernabé, defensor de lord Jorge Gordon.

El magistrado, viendo que era inútil la publicacion

de la ley, mandó al jefe de las tropas que diese una carga, y los guardias de á caballo principiaron á romper las filas de los amotinados, y aunque los soldados eran el blanco de algunas pedradas, las órdenes que habian recibido no les permitian mas que prender á los revoltosos mas furibundos y ahuyentar á los demás descargando sablazos de plano.

Cuando la multitud vió que corrian hácia ella los caballos, cedió en varios puntos, y los guardias, aprovechándose de esta ventaja, dejaron muy pronto despejado el terreno. Sin embargo, dos ó tres de los que iban á vanguardia, y que se hallaban en aquel momento casi aislados, acometieron á Hugo y Bernabé que les habian designado sin duda como los dos hombres que se habian descolgado desde la escalera al corredor. Avanzaban, pues, al paso descargando á uno y otro lado algunos golpes, pero sin violencia, y que arrojaban varios con tusos en los brazos de sus compañeros en medio de gemidos y de confusion.

Bernabé palideció y sintió que desfallecia su corazon al ver aquellas figuras despavoridas y ensangrentadas que cayeron junto á él en medio de la multitud; pero permaneció firme en su puesto, apretando convulsivamente la bandera y fijando su vista en el soldado mas inmediato, mientras respondia moviendo la cabeza á Hugo que le daba al oído satánicos consejos.

El soldado espoleó el caballo, y descargando algunos mandobles á los que alargaban las manos para cogerle las riendas, volvió el rostro para indicar á sus compañeros que fueran á reforzarle, en tanto que Bernabé le esperaba sin retroceder un paso. Varios insurgentes le gritaron para que huyese, y otros corrian hácia él para favorecer su fuga, cuando la lanza se inclinó sobre sus cabezas, y un momento despues estaba vacía la silla del jinete.

Hugo y Bernabé volvieron entonces la espalda, huyeron al través de la multitud que les abrió paso y se cerró en seguida para que no vieran por donde habian huido, y llegando sin aliento, bañados de sudor y cubiertos de polvo á la orilla del rio sanos y salvos, subieron en un bote que les puso al abrigo de todo peligro inmediato.

Al bajar por el rio oían los aplausos del pueblo, y hasta suponiendo que tal vez habian obligado á la tropa á retirarse con su audacia, permanecieron un momento apoyados en los remos vacilando entre volver ó continuar huyendo. Pero el populacho que pasaba por el puente de Westminster no tardó en asegurarles que el motin habia sido sofocado, y habiendo conjeturado Hugo que los aplausos que habia oido eran una aclamacion de la multitud para dar gracias al magistrado por haber despedido la fuerza armada, con la condicion expresa de que cada cual se retirara á su casa, y que por consiguiente lo mejor que podian hacer Bernabé y él era retirarse tambien, resolvió no cesar de remar hasta Blackfriars, y dirigirse desde el puente hácia la taberna de la *Cuba*, donde encontrarían con seguridad buen vino y compañeros adictos con quienes pasar agradablemente la noche. Bernabé consintió en este plan, y remaron en direccion á Blackfriars.

Felizmente para ellos llegaron en un momento favorable. Al entrar en Fleet-Street encontraron toda la calle en conmocion, y habiendo preguntado la causa, les dijeron que habia pasado un escuadron de guardias escoltando algunos presos que iban á encerrar en Newgate.

Contentos por haberse salvado felizmente de aquel peligro, no perdieron tiempo en hacer preguntas, y se dirigieron á buen paso hácia la *Cuba*, aunque parándose de vez en cuando por prudencia y para no comprometerse llamando la atencion del público.

L.

Habian sido los primeros en llegar á la taberna, pero apenas trascurrieron diez minutos cuando vieron entrar unos tras otros algunos grupos compuestos de hombres que habian tomado parte en el motin. Entre ellos se distinguian Dionisio y Simon Tappertit que saludaron, especialmente el primero, á Bernabé de la manera mas cordial felicitándole por su proeza.

— Voto á todos los diablos, dijo el verdugo dejando el palo apoyado en la pared y colocando encima el sombrero; te aseguro que me has dado un buen rato, muchacho. ¡Qué ocasion! Pero se ha dejado pasar sin aprovecharla. ¡Por vida mia! No sé qué es lo que se espera. Veo que todos son unos gallinas. ¡Hola! tabernero, traednos algo que comer y buen vino. Estoy disgustado de nuestra gente.

— ¿Bajo qué concepto? preguntó Tappertit que acababa de apagar el ardor de su fisonomia con cuatro ó cinco vasos de cerveza. ¿No os parece lo que hemos hecho un buen principio de fiesta?

— ¿Y quién me asegura que este principio no es tambien el fin? dijo el verdugo. Cuando aquel militar cayó al suelo podiamos habernos apoderado de Londres. ¿Y qué hemos hecho? Graznar como grajos y aplaudir al juez de paz. ¡Ah! hubiera querido tener una bala de pistola en cada ojo para obligarle á volver la vista cuando decia con voz melosa: «Hijos míos, si me dais palabra de dispersaros despediré la tropa.» ¿Qué hicieron entonces nuestros valientes? Aplaudir, vitorearle, arrojar los palos y las banderas y desfilan como un rebaño de corderos ó una trailla de perros. ¡Ah! continuó el verdugo con un acento de soberano desprecio; me avergüenzo de parecerme á semejantes imbéciles.

(Se continuará.)

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 972.)

— Hé aquí vuestro dinero adelantado, dijo Vance, inclinándose hacia el suelo su nariz que conservaba todavía el resentimiento de la traición que había sufrido, y echó tres soberanos sobre la mesa.

— ¿Y quién os ha dicho, replicó Waife sonriéndose, que yo no puedo marcharme esta noche con vuestro dinero y vuestro modelo?

— Mucho dinero es, respondió Vance, pero como decía John Kemble cuando le reprendían por haber hecho una limosna demasiado liberal:

Muy raras veces hago yo estas cosas,
Pero cuando las hago, es con largueza.

— Bien aplicado y bien recitado, caballero, dijo el cómico, pero debíais haberos detenido mas al decir *cuando las hago*.

— Pues mirad, nadie puede decir esos versos con mas sentimiento que yo: *cuando las hago* nadie puede sentirlo mas que yo.

Las móviles facciones de Waife expresaron la alegría. Sin embargo, fingiendo no comprender el equívoco que le dirigía Vance, rechazó el dinero diciendo:

— No, señor; ni un chelín antes de que el retrato quede terminado. Confieso que para mayor seguridad de vuestra parte, preferiría, si no tuviese escrúpulos de una naturaleza mas delicada, no recibir nada hasta despues de la marcha de M. Rugge. Es cierto que él no tiene derecho á ninguna parte de ese dinero; pero tenéis ante vos un hombre que tratándose de argumentar, sería un pobre matemático, un hombre que no ha podido jamás pasar el puente de los burros de la escuela. ¡Cuántas veces he sido derrotado en el aula! Pero no os marcheis aun, yo os lo suplico. Teníais la intención de darnos dinero; concedednos lo que tendria mucho mas precio para mí si fuese rico, algunos momentos de vuestra sociedad. ¿Vos sois un artista, caballero; y vos, joven? añadió dirigiéndose á Lionel.

LIONEL, ruborizándose.

¿Yo? yo... no soy aun nada.

WAIFE.

Creo que los dos sois aficionados al teatro. A propósito de John Kemble, decíais, caballero, que no le habíais oído nunca. Permitid que os dé una débil idea, en cuanto lo permita mi ronca voz, de su manera de declamar.

— Tendré el mayor placer en oiros, dijo Vance aproximándose á la mesa, y sentándose mas á sus anchas. Pero, ya que os veo fumar, ¿puedo tomarme la libertad de encender un cigarro?

— Haced como si estuviérais en vuestra casa, dijo *gentleman* Waife, con el buen humor de un huésped poco ceremonioso.

Y mientras tanto, Lionel y Sofia charlaban juntos; esta última siempre sobre las rodillas del joven.

Waife empezó su imitación de John Kemble. A pesar de la insuficiencia de su voz, aquella exhibición dramática era admirable. Una imitación condujo á otra; despues sucedieron anécdotas concernientes á la historia del teatro, del parlamento, del foro. Waife había oído á algunos grandes oradores, cuyos discursos admira aun el mundo, aunque nadie los lee ya, y dió una idea admirable de cada uno de ellos. Despues se entabló una conversacion en la cual la alegría se mezclaba con el sarcasmo, y en ella se notaban curiosos rasgos de la observacion del mundo; el tiempo se deslizó breve y agradablemente, hasta que el reloj dió las doce, lo cual fué para los jóvenes la señal de una despedida penosa.

— ¡Merle! ¡Merle! gritó el cómico cuando se marcharon.

Merle se presentó.

— No partimos mañana. Cuando Rugge nos envíe á buscar (que será al rayar el día), se lo direis así. Permaneceremos aun algunos días en vuestra casa, y despues... y despues... ¡abrázame, Sofia! Al menos podrás librarte de esas repugnantes criaturas embadurnadas de blanquete y colorete.

— ¡Ah! ¡ah! murmuró Merle cuando salió de la habitacion del cómico; ¡tiene dinero! Ya estaba yo bien seguro de ello. Pero, añadió echando una ojeada sobre diversos símbolos astrológicos y fatídicos que empleaba; eso no es todo; ahora la verdadera cuestion es esta: ¿Qué hará de ese dinero?

IX

Soffa no pudo pegar los ojos. En primer lugar, era muy dichosa. Sin comprender que podía degradarse entre los artistas nómadas de la compañía de M. Rugge, de la cual había formado parte, hacia algunos años, su querido y venerado protector, su contacto excitaba en ella una repugnancia instintiva. Sin duda cuando se poseía de algun papel patético, olvidaba á sus compañeros, al auditorio y todo para gozar en sí misma de su personaje: en estos momentos debía gozar, porque representaba admirablemente como todo artista que comprende á fondo su papel; pero desde el momento en que el entusiasmo del arte cesaba de animarla en su vida ficticia, corría á refugiarse cerca de su abuelo, experimentando una especie de disgusto mezclado de terror por aquellas « criaturas embadurnadas de rojo y blanco, » y por el oropel de su mismo traje.

Pero, sobre todo, sentía vivamente los insultos, todos los ultrajes que recibía el *gentleman* Waife, y sabe Dios si irían dirigidos también á ella. ¡Librarse de semejante existencia, vivir sola con su abuelo, tener solo que pensar en cuidarle, escucharle, divertirse con su charla, le parecía el colmo de la felicidad humana! ¿Pero quedaria ella sola?

En el momento que empezaban á adormecerla aquellos ensueños de dicha, surgió de pronto en su mente esta cuestion, y la despertó. Lo que desde entonces le daba que pensar no era la felicidad, era un sentimiento bastante comun en las mujeres: la curiosidad. ¿Cuál debía ser el personaje misterioso para cuya adquisicion se destinaban evidentemente las tres libras esterlinas? ¿Qué nuevo semblante había comprado prestando el suyo? No sería la dama de hocico de puerco, ni el muchacho de la piel salpicada de manchas. ¿Sería por ventura el gigante de Norfolk, ó la ternera de dos cabezas? ¡Horrible idea! Delante de sus ojos empezó á agitarse una fantasmagoría de monstruos; y para auyentar aquellas visiones empezó á rezar con gran fervor, acto de devocion que en la turbacion de su espíritu había olvidado cumplir antes de dejar caer la cabeza sobre la almohada, y cuya omision esperamos humildemente que no será difícil borrar del registro del ángel encargado de inscribir nuestros pecados.

Terminada su plegaria tomaron un giro mas agradable sus ideas; los fantasmas que la habían atormentado desaparecieron, volvió á ver las dulces miradas de Lionel y se acordó de sus afectuosas palabras.

— ¡Que el cielo le bendiga! dijo con energía en forma de suplemento á su oracion cotidiana.

Y lágrimas de reconocimiento humedecieron sus párpados, porque era una de esas criaturas que mas que por el dolor lloran por el cariño. Los primeros rayos del día la encontraron aun en vela; al sentir su luz se levantó y refrescó en un agua límpida un rostro mas encarnado que el de Hebe. Despues de vestirse con aquella actividad sin precipitacion que caracterizaba todos sus movimientos, abrió la ventana y aspiró el aire puro de la mañana. Nada se movía en la estrecha callejuela, cuyas tiendas aun estaban cerradas; pero los pájaros ocultos entre las ramas de los árboles empezaban á agitarse y á gorjear. Un gallo perteneciente á algun corral de la vecindad hizo oír su arrogante canto. Era una hermosa aurora de verano en un lindo pueblecillo de Inglaterra. Sofia se asomó á la ventana, sacando lo mas fuera que pudo su graciosa cabeza á fin de ver el río de azuladas aguas; había admirado su curso majestuoso el día en que la compañía había llegado á la feria; entonces hubiera querido aproximarse á sus orillas; pero no era libre... Al fin lo iba á ser. ¡Oh felicidad! Tendria momentos de ocio que emplearía del modo que le pareciese. Olvidando que su abuelo le había dicho que en adelante tendrian que ejercer su industria en las ciudades, dejó volar su imaginacion por los verdes prados, al borde de claros arroyos, donde cogería margaritas y correría en pos de las mariposas. Hija de la sencilla naturaleza, arrebatada desde la cuna para ser transportada bruscamente á aquellas ínfimas regiones del arte, su corazón de niña suspiraba por los placeres propios de la infancia. ¿Qué niño no ama el campo, las flores, los pájaros, las mariposas? Si existe alguno, es necesario, ¡oh! filantropía, desesperar de su porvenir.

Soffa cerró la ventana sonriéndose á sí misma, despues se deslizó al aposento contiguo por la puerta entreabierta, y vió que su abuelo dormía aun. Entonces se ocupó en arreglar la sala, preparó la mesa para el desayuno, regó las flores y cuando concluyó su arreglo, cogió el globo de cristal, á través del cual miró con un temor respetuoso, admirándose de que el remendon pudiera ver tantas cosas, donde ella solo veía el reflejo de su rostro. Sin embargo, acaso por la primera vez, aquel globo misterioso absorbió de tal modo su atencion, que no advirtió que la luz brillante del día había reemplazado á la de la aurora, ni oyó la voz de un hombre que hablaba misteriosamente á la puerta; en una palabra, permaneció completamente extraña al mundo exterior, hasta el momento en que un paso pesado hizo retemblar el piso. Volviéndose entonces con viveza, se encontró enfrente del « feroz baron, » cuyo sombrío rostro había oscurecido el cristal.

— ¡Hola! ¡hola! dijo M. Rugge con aquella especie de silbido que mas de una vez había hecho correr un estremecimiento de terror entre los espectadores de la galería á tres peniques; ¿se está trasteando, eh? ¿No se quiere marchar? ¿Dónde está vuestro abuelo, ton-tuela?

Soffa dejó escapar el cristal, que afortunadamente no se rompió, y miró al baron con espanto.

— Sí, vuestro abuelo, ese miserable.

sofia, con energía.

Mi abuelo no es un miserable. Deberíais avergonzaros de hablar así, M. Rugge.

En este momento y simultáneamente, M. Waife, habiéndose puesto precipitadamente su bata, se presentó en la puerta entreabierta de su dormitorio, mientras el zapatero aparecía á la entrada de la sala. El cómico, inmóvil, no pronunció una palabra contando acaso el efecto imponente de su actitud. En cuanto al zapatero, cediendo al impulso de un hombre extraño á la práctica del arte escénico, inclinó á un lado la cabeza con semblante arisco y apoyando sus dos puños sobre sus caderas, gritó:

— Sed político con mis huéspedes, señor mio; si no á la calle.

El feroz baron lanzó una mirada de cólera primero sobre el uno, despues sobre el otro, y acercándose á Waife, le dijo con terrible gesto:

— Deseo que oigais una palabra: ¿debo hablar en presencia de vuestro huésped?

El cómico hizo una señal con la mano al remendon.

— Dejados, amigo mio, no os necesito. Pasad por aquí, Mister Rugge.

Rugge entró en el dormitorio con Waife, que cerró en pos de sí la puerta.

— No sé, dijo el zapatero, por qué cede así vuestro abuelo. ¡Nosotros estamos en Inglaterra! No es posible que vuestro sino esté en tan maligna conjuncion con ese buitre miserable para que os tenga á su merced, atadós de piés y manos. Veamos lo que nos dice el cristal. Cogedle con suavidad y bajad conmigo.

— No, dijo Sofia con resolucion. Yo me quedaré cerca de mi abuelo, no quiero dejarle solo con ese hombre grosero.

El remendon no pudo menos de sonreír.

— Que el cielo os bendiga, dijo; tenéis carácter, y si fuérais mi mujer, os respetaría. Pero no quiero quedar me aquí á escuchar detrás de la puerta; vuestro abuelo puede tener secretos que yo no deba oír; si hago falta me llamaréis.

Y se retiró. Sofia, mas interesada en saber lo que pasaba, permaneció en pié, en medio de la habitacion, deteniendo su aliento para escuchar. Sin embargo, no oía nada; casi estuvo en la tentacion de aplicar el oído al agujero de la cerradura; pero juzgó que aquello sería una accion poco honrosa, no siendo justificada por una necesidad absoluta. Permaneció, pues, inmóvil con la cabeza baja, el dedo levantado. ¡Ah! ¡si Vance hubiera podido retratarla en aquella actitud!

X.

— ¿Es cierto, dijo M. Rugge con un acento cavernoso, cuando Waife le hubo llevado al otro extremo del dormitorio, donde las cortinas de la cama interpuestas entre ellos y la puerta apagaban el sonido de sus voces; es cierto que despues de haberos admitido en mi compañía por caridad y cediendo á vuestros ruegos, vais á dejarme plantado, á despediros á la francesa? ¿Semejante comportamiento es digno de un inglés?

— Señor Rugge, respondió Waife con la mayor calma, vos nos habeis tomado á prueba, no existe entre nosotros ningun compromiso. Convinimos que en tres meses quedaríamos en libertad, por una y otra parte, vos de despediros si os acomodase, nosotros de abandonaros. No nos conviene continuar esta prueba por mas tiempo: os damos las gracias y nos marchamos.

RUGGE.

Eso no es verdad. Yo he dicho que era dueño, yo, de despediros á ambos, si la niña no me convenia. En cuanto á vos, pobre inválido, para nada servís. Pero yo jamás he creído que vos tuviérais la misma libertad. Esto es una cosa bien clara. ¡Ponerme yo á la merced de un Waife! ¡Yo, Lorenzo Rugge! ¡Qué disparate! Pero yo soy un hombre justo y generoso: si creéis que vuestro salario no es bastante elevado, si vuestro desleal proceder no es mas, como á mí me parece, que una maniobra para hacer aumentar vuestras ganancias, iré aun mas allá de vuestras pretensiones. Julia Araminta declama mejor de lo que había creído, y firmaré con vos un contrato para tres años con buenas condiciones, como debíamos hacer, caso de que el ensayo fuera satisfactorio.

Waife sacudió la cabeza.

— Sois muy bondadoso, señor Rugge, pero aquí no hay maniobra ninguna. A mi nieta no le agrada esa vida, no la quiere á ningun precio, y puesto que ella mantiene á su abuelo, yo no debo hacer mas que complacerla. Por otra parte, añadió con mas dureza, vos me habeis faltado á vuestra palabra. Convinimos en que yo no volvería á aparecer sobre vuestras tablas; mi papel debía limitarse á iluminaros con mis consejos, á escoger las funciones, á ayudaros en la *mise en scene*. Vos habeis abusado de mi posicion y cuando os he pe-

didado un ligero adelanto, habeis insistido para entregar en espectáculo á la compasion pública esos restos de lo que he sido. Basta; separémonos. Ya no os necesito.

RUGGE.

¡De veras!.. Ni yo á vos tampoco. Pero soy inglés, y tengo la energía de un inglés. No querais hacer de mí un enemigo.

WAIFE, con amargura.

Yo no necesito hacerme enemigos. En mí mismo tengo un enemigo.

Rugge puso su enorme mano huesosa sobre el brazo de su ex-huésped.

— Lo creo sin que lo jureis. Vuestra conciencia es la que os atormenta, señor Waife. ¿Qué diriais si se hojeara vuestra vida pasada, y se la entregase á la pública malignidad?

EL GENTLEMAN WAIFE, tristemente.

Los cuatro últimos años de esa vida han sido empleados en vuestro servicio, señor Rugge. Si se hiciera una relacion de ella... á mi beneficio, no quedarian en la sala ojos que no llorasen.

RUGGE.

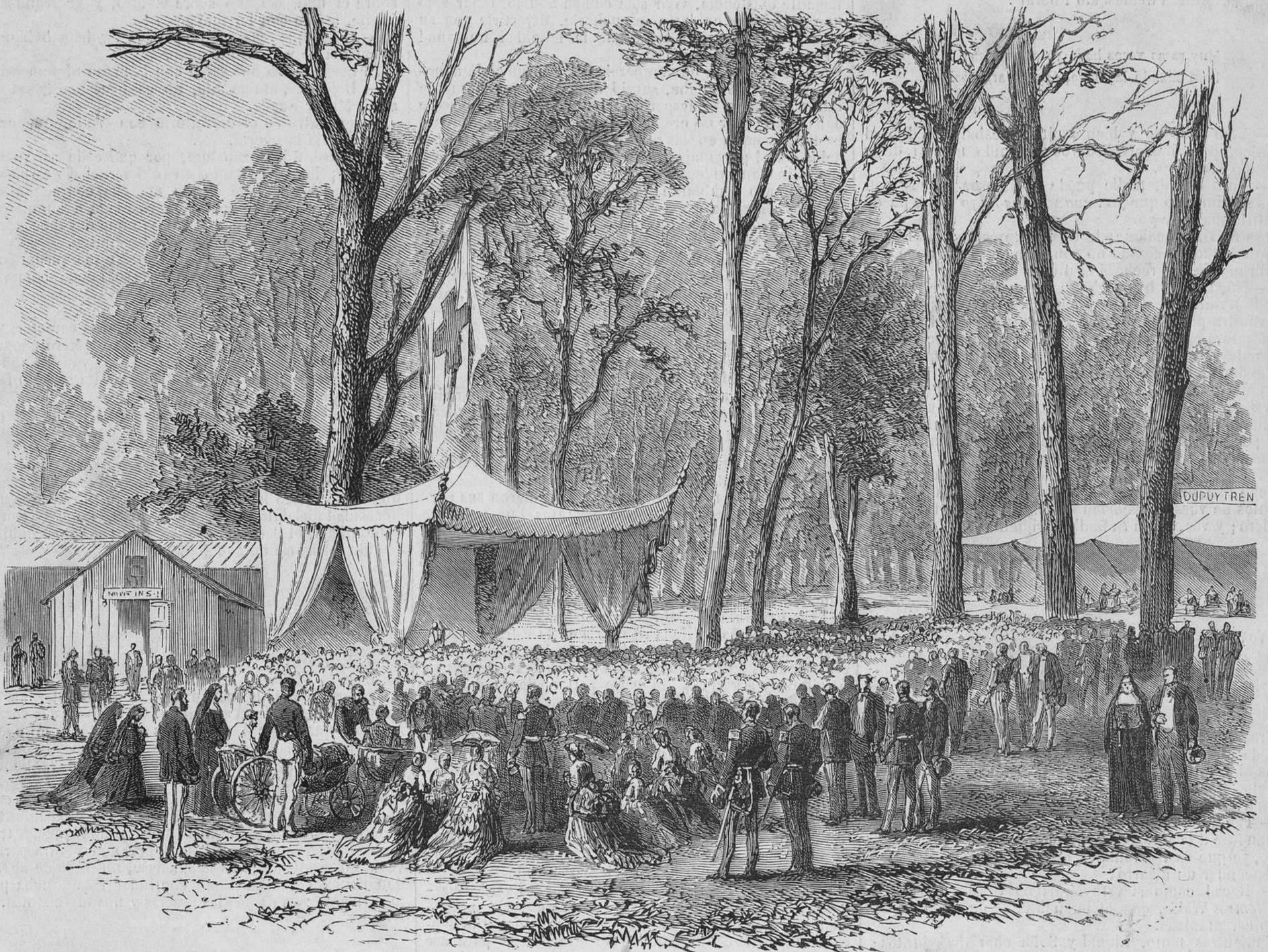
Desprecio vuestros sarcasmos. Cuando un escorpion que ha encontrado abrigo en mi seno se atreve á insultarme, le abandono á sus propias reflexiones. Pero yo no hablo de los años que ese escorpion ha vivido á espensas mías. Hago alusion á una época anterior de su borrascosa existencia. ¡Ah! señor mio, ¿eso parece que no os agrada! Lo siento de veras; pero tengo la idea de que podria descubrir alguna cosa respecto á vos que...

WAIFE, con cólera.

¿Qué?... ¿Qué?...

RUGGE.

¡Oh! no tomeis ese tono, señor mio, y no creais intimidarme. Os digo que tengo sospechas; tengo mis buenas razones para sospechar, y si me abandonais así



La ambulancia de la Grande Gerbe en el parque de Saint-Cloud. — La Misa.

subrepticamente, frustrándome el derecho de propiedad que tengo sobre Julieta Araminta, no descansaré hasta adquirir la prueba de lo que sospecho. ¡Estad alerta, porque eso puede perjudicaros! Pero, vamos, no quiero reñir con vos; arreglemos esto, y (*sacando su cartera*) si necesitais dinero, si quereis un compromiso en regla de tres años para Julieta Araminta, de vos solo depende sacarme una buena suma, y marchar en seguida donde querais: no volveréis á oír hablar de mí. Yo no quiero mas que la niña.

Al oír estas palabras Waife, separándose del actor, murmuró:

— Y yo prefiero ser ahorcado á que vos poseais la niña.

En este momento Sofia abrió la puerta de par en par y entró muy decidida. Habia oído á su abuelo elevar la

voz, pero sin poder comprender sus palabras. Entonces se alarmó y entró como su hada bienhechora para protegerle contra un adversario que tenia seis piés de estatura. El brazo de Rugge estaba levantado, no para ofender á su interlocutor, sino para dar mas fuerza á sus palabras. Sofia se interpuso entre él y su abuelo, y mirando á este último, alzó tambien el brazo levantando su dedo índice en señal de amenaza contra el feroz baron. ¡Cómo hubiera sido aplaudida si la hubieran visto en escena en esta actitud! Ella no lo comprendia, pero Rugge que lo sabia, quedó trasportado á la vez de admiracion, de sentimiento y de rabia á la idea de perderla.

— ¡Bravo! exclamó involuntariamente. Vamos, Waife, miradla y decidme si no ha nacido para el teatro. ¡Mi corazon se inflama de orgullo! Ella me pertenece, mo-

ralmente hablando, haced que tambien me pertenezca legalmente, y escuchadme (*aproximándose á su oído*) ¡cincuenta libras esterlinas! Aprovechad este momento de entusiasmo. Las minas de Golconda están abiertas. ¡Cincuenta libras!

— ¡No! respondió el pobre artista.

— Pues bien, replicó Rugge, veamos lo que ella dice.

— Habla, hija mia. ¿Tú no querrás volver con M. Rugge y sin mí, no es así, Sofia?

— ¡Sin vos, abuelo! Preferiria morir.

— Ya lo ois: todo ha acabado entre nosotros. Habeis pagado de nuestros servicios hasta anoche, nos habeis pagado hasta anoche: estamos en paz. Así pues, buen viaje, señor Rugge.

(Se continuará.)